



Al ritmo de las olas

Cuentos de niñas y niños de Bahía Solano



Marisofía Pinilla Barco

~ Compiladora ~





Al ritmo de las olas

Cuentos de niñas y niños de Bahía Solano

Festival de cuento Ofelia Ballesteros 2025

Marisofia Pinilla Barco (Compiladora)

somosdulcessonrisas@gmail.com

Aime Barco Sarmiento
Alana Lozano Ruiz
Andrés Esteban Rivas Roa
Ángel David Hurtado
Anny Valeria Murillo Murillo
Any Yulieth Mosquera Mosquera
Breiner Alfredo Hurtado
Britany Zariana Mosquera Zuñiga
Camila Cardona Hanipe
Carmen Abril Palacios Palacios
Crisliana Roja
Danny Yicel Chaverra Obregón
Diana Marcela Moreno Pino
Dilan Damian Congo Cabeza
Eilyn Yaritza Moreno
Elkin Alonso Florez Rivas
Erlinson Zuñiga Aviles
Isabel Sofía Pérez Vanegas
Juan David Murillo Martínez
Juan Manuel Ipia Cuadrado
Julián Andrés Godoy Lemus

Karla Nahara Hinestroza Arcos
Lili Moreno
Lina Fernanda Gamboa Mendoza
Maria Alejandra Potes
Maria Camila Caicedo
María Franchesca Valois Arrunategui
Maria Isabel Ruiz
Maria José Cárdenas
Maricel Tobón Duarte
Mayeli Ruiz
Melody Merlia Campo Taicus
Nataly Jiménez Parra
Paulina Calderón Beltrán
Santiago Arroyo Rentería
Saray Cano Ortega
Sheylin Zohara Bejarano Riasco
Valery Chalá Lozano
Yaseny Ríos Ríos
Yeiner Lozano Hinestroza
Yisel Lana Cabrera

Imagen de cubierta: Jhon Carlos Pérez Rivera

Bahía Solano, Chocó.

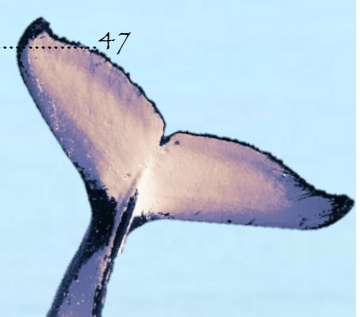
2025





Contenido

Prólogo	1
Presentación	6
La voz del bosque	8
Lili Yahaira Moreno Pérez	
La niña que tejía estrellas	11
Camila Andrea Cardona Hanípe	
Isaac y la desobediencia	13
Nataly Patricia Jiménez Parra	
El niño y el árbol generoso	16
María Franchesca Valois Arrunategui	
El hombre torcido	22
Yeíner Lozano Hínestroza	
Nikol y el niño pobre	25
María Alejandra Postes Sousa	
El mar y la bailarina	27
Alana Lozano Ruíz	
El jardín mágico	30
María José Cárdenas Pacheco	
El mundo de Lyra	32
Lina Fernanda Gamboa Mendoza	
En otro universo	36
Julián Andrés Godoy Lemus	
Las raíces que nos unen	41
Maricel Tobón Duarte	
Amigos verdaderos	44
Karla Nahíara Hínestroza Arcos	
El cuento de la ballena enmallada	47
Andrés Esteban Rivas Roa	



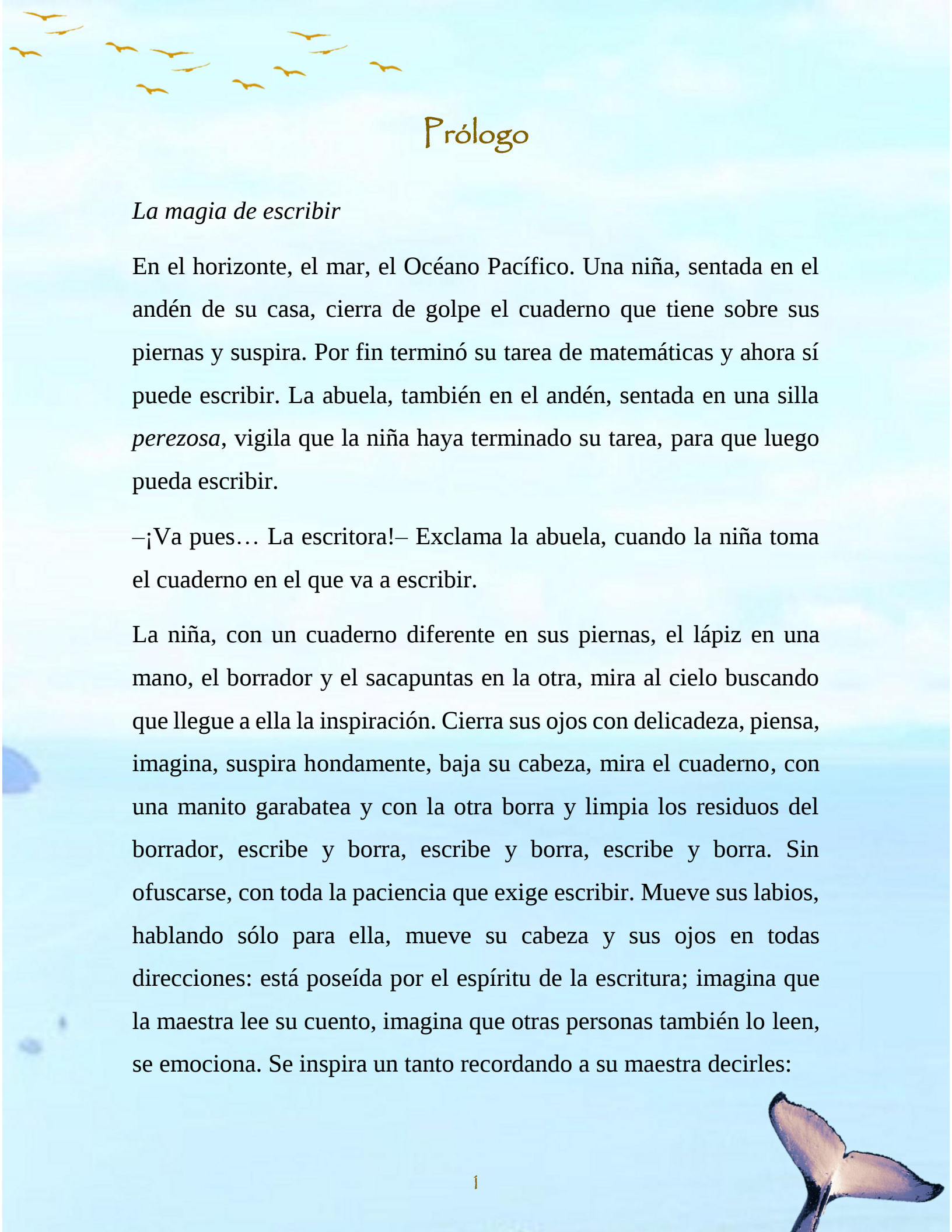
La princesa y la pluma mágica	49
Valery Chala Lozano	
El gusano busca esposa	52
Erlínsson Zuñiga Aviles	
La mariposa de colores	57
Britany Zariana Mosquera Zuñiga	
Las tres amigas y las mariposas	60
Carmen Abril Palacios Palacios	
La ballena enmallada	63
Elkin Alonso Florez Rivas	
La mariposa, el señor y el dinosaurio	65
Danny Yicel Chaverra Obregón	
La mariposa, la niña y el arco iris	68
Anny Valeria Murillo Murillo	
¿Soledad?	71
Saray Cano Ortega	
Rescate de una ballena	74
Ángel David Hurtado Córdoba, Breiner Alfredo Hurtado Córdoba	
El niño y la chica que le cambió la vida	77
Eilyn Yaritza Moreno	
Los malos vecinos	82
Crisliana Roja, Shaira Milena Pacheco Medina, María Isabela Ruiz Rivera, Mayeli Ruiz Rivera	
Los ateos y la grandeza de Dios	86
Yaseny Ríos Ríos	
Mi mejor amigo es Bingo	90
Diana Marcela Moreno Pino	
El secreto de la vieja librería	96
Dilan Damian Congo Cabeza	
El bosque encantado	104
Juan Manuel Ipia Cuadrado	





La tortuguíta tímida	110
Yisel Lana Cabrera	
El mundo mágico	113
Aime Barco Sarmiento	
La ardilla y su amiga coneja	117
Shaira Michel Bonilla Lozano	
La tortuga y el erizo saltarán	119
Sheylin Zoohara Bejarano Riasco	
Las tres hermanas y la mariposa	123
Melody Merlia Campo Taicus	
La familia	127
Isabel Sofía Pérez Vanegas	
Los valores	132
María Camila Caicedo	
La profecía de Marco Zorro y la última barrera	136
Santiago Arroyo Rentería	
La luz en la oscuridad	140
Juan David Murillo Martínez	
El niño y la tortuga	144
Any Yulieth Mosquera	
La gallina y sus tres pollitos	148
Paulina Calderón Beltrán	





Prólogo

La magia de escribir

En el horizonte, el mar, el Océano Pacífico. Una niña, sentada en el andén de su casa, cierra de golpe el cuaderno que tiene sobre sus piernas y suspira. Por fin terminó su tarea de matemáticas y ahora sí puede escribir. La abuela, también en el andén, sentada en una silla *perezosa*, vigila que la niña haya terminado su tarea, para que luego pueda escribir.

—¡Va pues... La escritora!— Exclama la abuela, cuando la niña toma el cuaderno en el que va a escribir.

La niña, con un cuaderno diferente en sus piernas, el lápiz en una mano, el borrador y el sacapuntas en la otra, mira al cielo buscando que llegue a ella la inspiración. Cierra sus ojos con delicadeza, piensa, imagina, suspira hondamente, baja su cabeza, mira el cuaderno, con una manito garabatea y con la otra borra y limpia los residuos del borrador, escribe y borra, escribe y borra, escribe y borra. Sin ofuscarse, con toda la paciencia que exige escribir. Mueve sus labios, hablando sólo para ella, mueve su cabeza y sus ojos en todas direcciones: está poseída por el espíritu de la escritura; imagina que la maestra lee su cuento, imagina que otras personas también lo leen, se emociona. Se inspira un tanto recordando a su maestra decirles:



–Un cuento libre, de lo que quieran, lo que se les ocurra, como se les ocurra.

Su abuela –ahora guardando absoluto silencio, incluso dejando de abanicarse para no interrumpir a la escritora– observa y admira aquella escena: esa cabecita que se mueve, esos labios que balbucean, esas manitos que escriben y borran. ¿Con qué historia irá a salir esta muchacha?, se pregunta.

La escritora, encorvada, absorta en su labor, imperturbable, ni se inmuta con su pequeño hermanito, vuelto una lagartija sobre ella. Al cabo de un buen rato se endereza, suspira otra vez, lleva el cuaderno frente a su rostro y sonríe maliciosamente complacida, porque sabe que, tras ella, ansiosa, se encuentra la primera lectora de su cuento. El punto final es una gotica de lluvia que cae en la parte inferior de la hoja, sin dañar lo escrito, de puro milagro, por fortuna, porque escribir cuesta un montón. Aun así, la escritora brinca a la casa a escamparse, mientras chilla y se carcajea. La abuela se lleva una mano a la frente y cierra los ojos, como si la cabeza se le fuera a caer, o como si con ese gesto remediara la tragedia que no ocurrió. Aunque el escrito está completamente a salvo, la algarabía sigue.

Haciendo magia al escribir

Mala cosa es que vayamos perdiendo la capacidad de asombro ante tanta belleza en medio de la cual vivimos cotidianamente. En este



caso, acostumbrarnos tanto, normalizar tanto, algo tan maravilloso y complejo como es el acto de escribir, ¡y escribir a mano, a pulso, con lápiz, borrador y papel!, ¡y escribir de forma libre, creando, imaginando, soñando! ¡y escribir algo que otros comprendan! ¡y que niñas y niños escriban! Estas sí son palabras mayores, esto no es otra cosa que magia, magia pura.

Pero muy pronto olvidamos que, para hacer esta magia, tenemos que desarrollar superpoderes, que los niños tienen de sobra, tal y como lo vivimos en esta experiencia: bastó con que la maestra simplemente invitara a escribir, y la escritura de cuentos, de manos de niñas y niños, brotó: los niños escriben lo que quieren, como pueden y se les respetó su obra.

¿Cuáles son esos superpoderes que se necesitan para escribir libremente? En cualquier caso, no son pocos, ni pequeños. Se me ocurren algunos:

El superpoder, en sí mismo, de escribir, que es pensar en algo y dibujar a pulso, en papel, una infinidad de signos con el fin de comunicar algo a otros. Se trata de un acto que, por más que uno intente explicarlo, siempre se queda corto. Pero a este le anteceden superpoderes como la atención, la imaginación, la paciencia, la tolerancia a la frustración, la perseverancia para ir comprendiendo lo que significa cada garabato, letra o número, y el sentido de todo ese montón de signos de puntuación tan, pero tan complejos y



enigmáticos (¿Cómo así que uno, para hacerse comprender por escrito, tiene qué representar con esos garabatos un silencio, un tono, una emoción?) y, además, la manera de ir combinándolos debidamente.

Pero también está el superpoder de asumir, sin más, la capacidad de escribir el cuento; el superpoder de imaginar el cuento; el superpoder de jugar con palabras, armando el cuento; el superpoder de asumir retos, desafíos; el superpoder de ser libre para escribir; el superpoder de creer, de confiar en sí mismo; el superpoder de confiar en que nada malo, o algo bueno, va a ocurrir; el superpoder de anular los intentos de otros por demeritar lo que hacemos. De seguro habrá otros superpoderes en juego en el acto de escribir ¿Se te ocurren algunos más?

Pero si es difícil comprender la magnitud de lo que implica escribir con libertad, más difícil es comprender cómo, o por qué, a medida que crecemos nos va costando cada vez más escribir, hasta llegar a hacérsenos, las más de las veces, imposible. Dicho de otro modo, a medida que crecemos vamos perdiendo superpoderes, al punto de la incapacidad, ¡y sin que ello sea necesario! Simplemente permitimos que nos pase, que nos los quiten. He llegado a pensar que personas disminuidas y lúgubres es de lo que se alimenta el sistema, la sociedad en que vivimos.



Sin embargo, creer que este festival de cuento fuera posible, y hacerlo realidad juntando distintas voluntades, nos indica que algo de superpoderes aún tenemos y, quizás, que hasta podamos recuperar algunos de los que perdimos al crecer. Esperamos que este compendio de cuentos, escritos por niños, sirva como una buena provocación para escribir algo a alguien, con lo que daríamos por cumplidos los objetivos de este *Festival de cuentos Ofelia Ballesteros*, quien muy seguramente estará orgullosa y complacida de ver cómo su legado continúa floreciendo hoy, de nuevas formas.

Luis Fernando Acevedo Ruiz



Presentación

Este libro es la voz, la imaginación y el juego hechos palabras. A través de estos cuentos, niños y niñas de Bahía Solano nos narran historias, crean mundos y nos enseñan que la capacidad de imaginar, crear y expresar ideas no depende de la edad. Cada página es un recordatorio de que la literatura no debe ser un espacio de exclusión ni de etiquetas y de que, aunque se suele pensar que solo quienes publican en editoriales y reciben reconocimiento en escenarios de renombre merecen el título de escritores, los niños también son merecedores de ese nombre, porque narran historias con su lenguaje propio, de manera espontánea, nombrando lo que viven, lo que sienten y lo que sueñan.

Este libro de cuentos nace como un espacio donde las voces de los niños y niñas puedan ser escuchadas, celebradas y valoradas. Cada una de estas historias nos sumerge en aventuras, alegrías, tristezas y personajes fantásticos donde constantemente las ballenas, la selva y el mar solaneño cobran vida y movimiento.

En *Somos Dulces Sonrisas* creemos firmemente que el *Festival de cuentos Ofelia Ballesteros* no es solo un evento literario: es una



herramienta para creer en uno mismo, para reconocer el poder de la palabra y para construir lazos colectivos.

Marisofia Pinilla Barco



La voz del bosque

Lili Yahaira Moreno Pérez

En un pequeño pueblo rodeado de montañas majestuosas y ríos cristalinos que reflejaban el cielo, vivía Akira, una joven con un corazón tan puro como el agua de los ríos. Tenía un don especial que la hacía única: podía entender y comunicarse con los animales. Akira pasaba sus días explorando el bosque, aprendiendo de los secretos que los animales compartían con ella y descubriendo la magia que se escondía en cada rincón.

Un día mientras caminaba por el bosque, escuchó un susurro débil que la llamaba. Siguió el sonido y encontró



un pequeño pájaro herido en el suelo luchando por sobrevivir. Lo levantó con cuidado y, de repente, el pájaro comenzó a hablarle con una voz débil, pero lleno de desesperación.

—Akira, por favor, debes ayudarme —dijo el pájaro—. Nuestro hogar, el bosque, está en peligro. Un malhechor está talando los árboles y destruyendo nuestro hogar. Por favor, deténlo.

Akira y sus amigos idearon un plan para detener al empresario. Organizaron una protesta pacífica, y Akira habló con el empresario, explicándole el daño que causaría su acción. Le mostró la belleza del bosque, la vida que albergaba y la importancia de preservarla para las generaciones futuras. Finalmente, el



empresario se dio cuenta del error y decidió cancelar el proyecto.

El bosque fue salvado, y Akira fue aclamada como heroína. Pero para ella no era un título, era simplemente el resultado de su amor por la naturaleza y su deseo de protegerla. Desde ese día, Akira continuó protegiendo el bosque y sus habitantes, demostrando que incluso la persona más pequeña, puede hacer una gran diferencia cuando se llena de pasión y determinación.



La niña que tejía estrellas

Camila Andrea Cardona Hanipe

En un pequeño pueblo rodeado de montañas, llamado *Bahía Solano*, vivía una niña llamada Sophia. Tenía diez años y una pasión por tejer. Sophia tejía todo tipo de cosas: bufandas, gorros, incluso alfombras, pero lo que más le gustaba tejer, era el cielo nocturno.

Sophia creía que las estrellas eran hilos de plata que se habían soltado del cielo, y que ella podía tejerlos de nuevo para crear patrones mágicos. Así que cada noche, se sentaba en su ventana y tejía las estrellas.

Un día, mientras tejía, Sophia recibió un regalo misterioso: un hilo de estrellas que brillaba con una luz propia. A medida que tejía con ese hilo, las estrellas en



el cielo comenzaron a cambiar de patrón, reflejando los diseños que Sophia creaba.

La gente del pueblo se sorprendió al ver que las estrellas estaban cambiando, y pronto se dieron cuenta de que Sophia era la responsable. La niña se convirtió en toda una celebridad local, y la gente venía de todas partes para verla tejer las estrellas.

Pero Sophia sabía que su poder era un regalo, y que debía usarlo para hacer algo especial. Así que decidió tejer un patrón que trajera suerte y felicidad a todo el pueblo. Y así lo hizo, creando un cielo nocturno lleno de estrellas que brillaban con una luz mágica.

Y, desde ese día, Sophia fue conocida como la niña que tejía estrellas, y su legado vivió para siempre en el corazón del pueblo.



Isaac y la desobediencia

Nataly Patricia Jiménez Parra

Érase una vez un niño llamado Isaac, y su madre se llamaba María. El niño Isaac era muy callejero, y la madre le decía:

–Isaac, no vayas para la calle.

Pero Isaac, de desobediente se iba. Un día, la madre le dijo:

–Isaac, no vayas hoy que está muy peligroso.

Isaac no le hizo caso y se fue. La madre estaba muy preocupada porque ya estaba anocheciendo y nada que llegaba Isaac.



El niño Isaac estaba jugando cuando se escucharon unos disparos. Él no sabía qué hacer. Al pasar el tiempo, Isaac salió corriendo para la casa. En camino a la casa salieron unos rateros y le quitaron todo lo que tenía. Isaac, desesperadamente, lloraba.

La madre no se aguantó más. Salió a buscarlo. Isaac estaba en una esquina llorando. La madre, al verlo así, le dijo:

—Isaac, ¿qué le pasó?

Isaac le dijo:

—Madre, me robaron todo lo que tenía.

Le pidió disculpa a la madre. Le dijo:



–Madre, todo lo que me decías era verdad. Que no saliera porque me iba a pasar algo, y yo, de desobediente, no le hice caso.

La madre le dijo:

–Isaac, menos mal te quedó de experiencia. Que hay qué hacerme caso a lo que yo te diga.



El niño y el árbol generoso

María Franchesca Valois Arrunategui

Había una vez un árbol que amaba a un niño, y cada día el niño venía a jugar con el árbol. Y él juntaba las hojas y tejía una corona y jugaba a ser el rey del bosque. Trepaba su tronco, se columpiaba en sus ramas y comía sus manzanas y también jugaban a las escondidas, y cuando se sentía cansado él dormía bajo su sombra. El niño llegó a amar mucho a ese árbol, y el árbol se sentía feliz.



Pero... el tiempo pasó y el niño creció, y el árbol fue quedando solo. Un día, el joven regresó y el árbol le dijo:

—Ven, muchacho, ven y trepa a mi tronco y cuélgate en mis ramas y come mis frutas, juega en la sombra y sé feliz.

—Estoy muy grande para trepar y jugar, dijo el joven. Quiero comprar cosas y divertirme, quiero algo de dinero ¿puedes darme dinero?

—Lo siento, dijo el árbol. Solo tengo hojas y frutas. Toma mis frutas y véndelas; así podrás tener dinero y ser feliz.

El joven trepó el árbol y recogió las frutas y se las llevó, y el árbol se sintió feliz.



Pasó largo tiempo sin venir y el árbol estaba triste, pero... un día regresó y el árbol se sacudió de alegría y dijo:

—Ven muchacho, trepa mi tronco, cuelga en mis ramas y sé feliz.

—Estoy demasiado ocupado para trepar al árbol. Yo quiero tener una casa donde vivir, una esposa e hijos ¿puedes darme una casa?

—No tengo casa, dijo el árbol. El bosque es mi casa, pero tú puedes cortar mis ramas y construir una casa y ser feliz.

Así que el joven cortó las ramas y se las llevó para construir su casa, y el árbol se sintió feliz.



El muchacho pasó mucho tiempo sin verlo, y cuando lo hizo, el árbol fue tan feliz que casi no pudo hablar.

—Ven, susurró. Ven y juega.

—Estoy tan anciano y triste para jugar, dijo el hombre. Quiero un bote que me lleve lejos de aquí ¿puedes darme un bote?

—Corta mi tronco y hazte uno, le contestó. Luego podrás navegar lejos y ser feliz.

Y así este hombre cortó el tronco y fabricó un bote para navegar lejos, y el árbol se sintió feliz.

Pasando mucho tiempo, el hombre regresó otra vez más. El árbol le dijo:

—Cuánto lo siento muchacho, pero no tengo nada para darte. Mis frutas se han ido.



Y el que fue niño y joven, dijo:

—¿Sabes? Mis dientes están muy débiles y flojos para comer frutas.

Y el árbol habló nuevamente:

—Mis ramas se han ido y no puedes columpiarte en ellas.

—Estoy demasiado anciano para columpiarme en tus ramas, dijo el hombre.

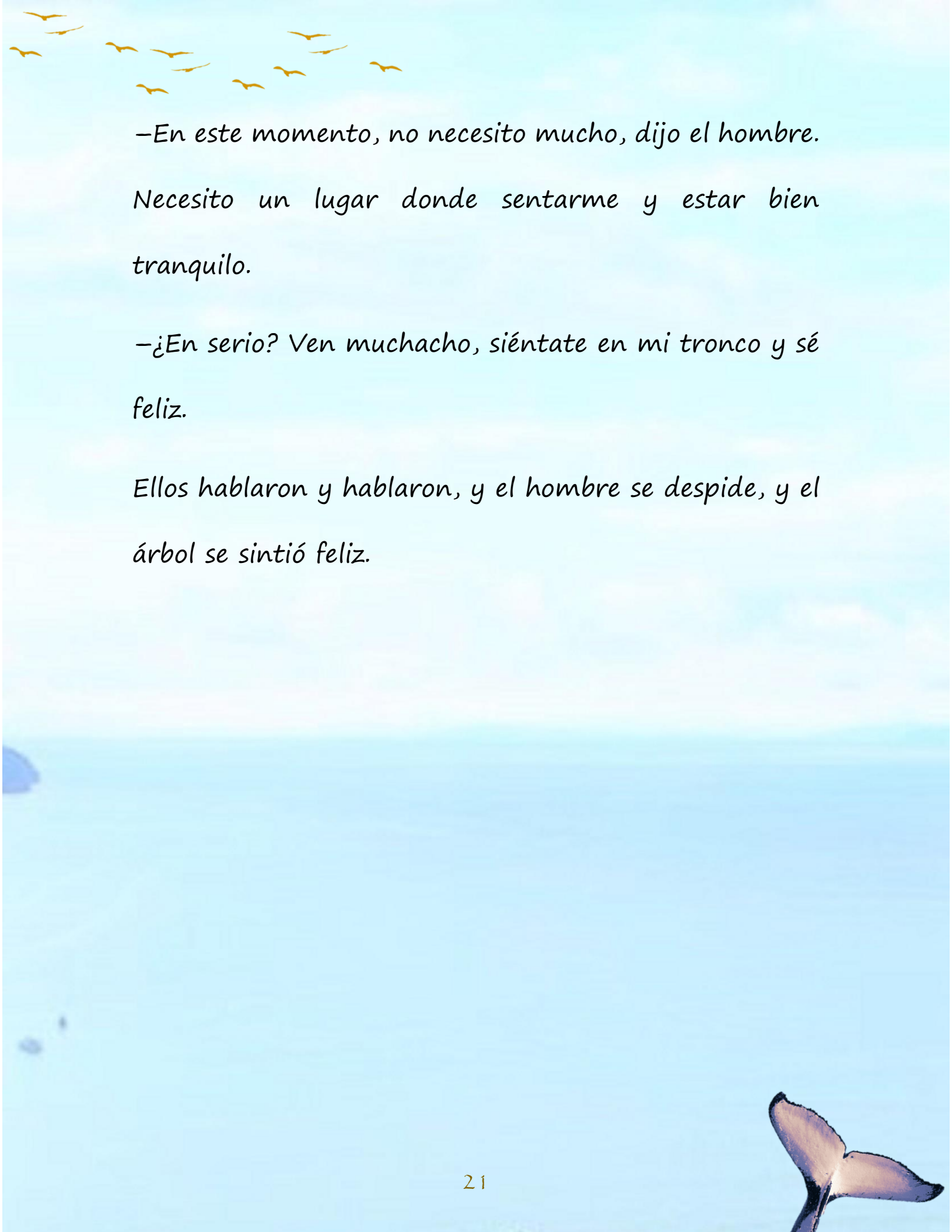
—Mira mi tronco, se ha ido, ya no puedes trepar en él.

A lo que el hombre le contestó:

—Estoy demasiado viejo para trepar.

Suspirando, el árbol añadió:

—¡Cómo quisiera tener algo para darte!



–En este momento, no necesito mucho, dijo el hombre.
Necesito un lugar donde sentarme y estar bien
tranquilo.

–¿En serio? Ven muchacho, siéntate en mi tronco y sé
feliz.

Ellos hablaron y hablaron, y el hombre se despide, y el
árbol se sintió feliz.



El hombre torcido

Yeiner Lozano Hínestroza

En un país de Europa, una familia muy pequeña deja que su hija, de 18 años, que sufría una enfermedad con la columna, se case con un muchacho. Pero al tiempo que ellos se casan, tienen un hijo, y la pareja se va a vivir a Estados Unidos. La pareja decide meter a su hijo al colegio, pero pasa algo: el niño también nació con el problema de la mamá.

Bueno, llega el niño al primer día de clase y, de una, ve cómo los compañeros de clase lo miran raro. Entonces el niño se siente mal porque los compañeros



le empiezan a decir que por qué tiene esa espalda tan fea y él, nervioso, les responde que nació así y que no lo rechacen por eso.

Tras que el niño fue creciendo, más torcido se ponía, pero él siguió adelante, sin importar que le dijeran tantas cosas feas. A los padres del niño, les había dicho el enfermero que el problema del niño sería peor, que su enfermedad iría más avanzada más. Entonces, tras que pasaba el tiempo, el niño terminó el colegio y llegaría a la universidad, donde sería rechazado por su aspecto físico, por lo que él, de tanto sufrir, busca una manera de matarse, a lo que busca una soga y se cuelga. Desde ese momento, antes de morir, él jura que se iba a vengar de todos los que le hacían *bulín* y hace un juramento con Satanás. El juramento era que, después



de muerto, quería volver para vengarse de los que le hacían *bulín*.

Pues él muere y el diablo le termina de cumplir su deseo. Entonces él vuelve con una forma demoníaca y empieza asustar uno por uno. La forma que el diablo le dio era: una sonrisa demoníaca, un paraguas, dedos largos y su traje rojo. Desde que empezó a asustar a los que le hicieron *bulín*, la forma demoníaca se apoderó de él, y empezó una masacre: mató a uno por uno, hasta que solo quedaron los hijos de las personas, y también los mató, y esto siguió. El hombre, conocido como el hombre torcido, quedó en ese conjunto asustando a todos los habitantes de ese pueblo. El hombre todavía se pasa por las calles con un paraguas y su sonrisa demoníaca.



Nikol y el niño pobre

María Alejandra Postes Sousa

Había una vez una niña llamada Nikol y un niño llamado Cristian. Nikol era una niña muy engreída y demasiado creída, porque ella venía de una familia rica y le gustaba criticar a Cristian porque era un niño pobre y no tenía nada. Tenía los zapatos de educación física muy deteriorados y demasiado rotos. A Nikol le encantaba tratarlo mal y le decía unas palabras muy feas, y Cristian se sentía mal por todo lo que le decía; él empezaba a llorar y Nicol se ponía a reír, porque ella lo tenía todo y el niño no tenía nada.



A medida que pasaba el tiempo todo fue cambiando. El papá de Nikol perdió su trabajo, porque era igual al Nikol: le gustaba criticar a los pobres, y el papá de Cristian consiguió trabajo y le empezaba ir bien, mientras que al papá de Nicol le estaba yendo mal, porque no le querían dar ningún trabajo por su forma de ser. Y Cristian, a pesar de cómo lo trataba Nikol, ella se acercó a él.

Él le demostró que todo no era el dinero y la empezó a tratar bien para demostrarle que no él era igual a ella, y empezaron a ser amigos.

Eso nos deja la enseñanza de que no debemos tratar mal a los demás sin importar si tienen más o menos que nosotros, porque la vida da muchas vueltas y al que menos espera le tienden la mano.



El mar y la bailarina

Alana Lozano Ruíz

Érase una vez una bailarina que le gustaba ir a la orilla del mar a bailar con el sonido de las olas, ya que las olas la relajaban y se sentía muy tranquila. Un día ella fue muy temprano en la mañana y escuchó el canto de una sirena y se sorprendió al escuchar ese canto. Pasó un rato y la sirena salió y le dijo que cada mañana ella la veía bailar y le encantaba verla, pero le dio tristeza porque ella no podía bailar ni caminar como ella.

Y la bailarina le dijo que ella, aparte de ser bailarina, era una bruja que hacía pociones mágicas y que le podía



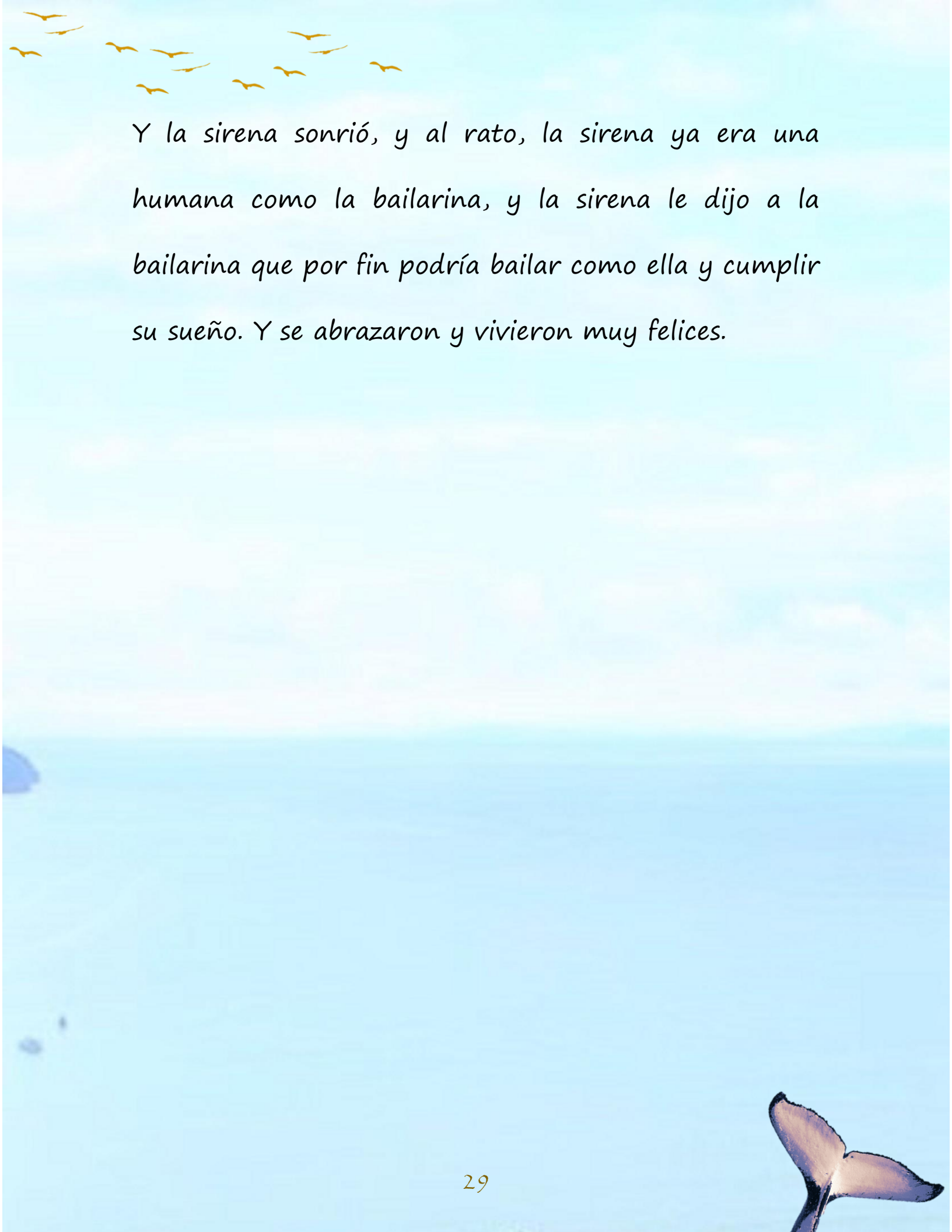
ayudar a que le salieran piernas como una persona normal, pero le dijo que si se convertía en humana no podría volver a ser sirena, y la sirena aceptó.

A la mañana siguiente, la bailarina se levantó más temprano de lo habitual y se puso a hacer la poción de la sirena. Pasaron horas y horas y la bailarina al fin terminó la poción y se la llevó a la sirena y la sirena se alegró mucho al verla, y le dijo:

—¿Sí lograste hacer la poción?

La bailarina sonrió y se la entregó y la sirena se la tomó. Al pasar un rato, la sirena se fue sintiendo extraña y se le fue cambiando el cuerpo, y la bailarina dijo:

—Ya está haciendo efecto la poción.



Y la sirena sonrió, y al rato, la sirena ya era una humana como la bailarina, y la sirena le dijo a la bailarina que por fin podría bailar como ella y cumplir su sueño. Y se abrazaron y vivieron muy felices.



El jardín mágico

María José Cárdenas Pacheco

Había una vez, en un pequeño pueblo llamado San Pablo, había un niño llamado Álex, y en su casa había un jardín mágico. En ese jardín crecían flores que brillaban como estrellas, árboles que susurraban secretos y un estanque que reflejaba los sueños de quien se acercara.

Un mes después, un niño joven llamado San se perdió en el bosque, mientras buscaba las hierbas para su tía enferma. Álex lo encontró y lo llevó a su jardín mágico, donde las flores comenzaron a brillar con una luz



intensa. San se acercó al estanque y vio reflejada la imagen de su tía, sana y feliz.

Entonces la noticia del jardín mágico se difundió, y pronto la gente del pueblo acudió a visitarlo, pero Álex advirtió que sólo aquellos con intenciones puras podrían acceder al jardín. Y así, el jardín se convirtió en un lugar de esperanza y milagros para el pueblo.



El mundo de Lyra

Lina Fernanda Gamboa Mendoza

Había una vez un reino lejano llamado Aethoria, donde la luz del sol se filtraba a través de las nubes de colores y los ríos cantaban canciones. En el corazón de Aethoria, se encontraba la ciudad de Elyria, donde vivía un joven llamado Lyra.

Lyra era un aprendiz de maga, con una curiosidad insaciable y un corazón lleno de sueños. Pasaba sus días estudiando los antiguos tomos de magia en la biblioteca de la ciudad y practicando hechizos en el jardín secreto de su mentora, la sabia maga Aria.



Un día, mientras exploraba las estanterías de la biblioteca, Lyra descubrió un libro misterioso con tapas de cuero y páginas amarillentas. El libro se titulaba “El secreto de las sombras” y contenía hechizos y conjuros que Lyra nunca había visto antes.

Mientras estudiaba el libro, Lyra comenzó a experimentar con los hechizos y descubrió que tenía un talento especial para controlar las sombras. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que su nuevo poder atraía la atención de una fuerza oscura que acechaba en Aethoria.

La fuerza oscura era liberada por un ser llamado Malakai, un mago que había sido expulsado de la ciudad por su sed de poder y su falta de escrúpulos. Malakai



buscaba robar el poder de las sombras para conquistar Aethoria y gobernar con mano de hierro.

Lyra, con la ayuda de Aria y un grupo de amigos valientes, emprendió una aventura para detener a Malakai y salvar su ciudad. Viajaron a través de bosques encantados, montañas nevadas y valles de niebla, enfrentándose a criaturas terribles y superando desafíos imposibles.

En su viaje, Lyra descubrió que su conexión con las sombras era más profunda de lo que imaginaba. Era la última descendiente de una línea de magas que habían protegido Aethoria durante siglos, y su destino era enfrentar a Malakai en una batalla épica.

La batalla final tuvo lugar en la cima de la montaña más alta de Aethoria, donde Lyra y Malakai se



enfrentaron en un duelo de magia y sombras. Lyra, con la ayuda de sus amigos y su propio poder, logró derrotar a Malakai y restaurar la paz en Aethoria.

Después de la batalla, Lyra se convirtió en una heroína en Elyria y su nombre se convirtió en sinónimo de valentía y magia. Sin embargo, Lyra sabía que su aventura no había terminado. Había muchas más sombras que explorar, y muchos más secretos que descubrir en el reino de Aethoria.



En otro universo

Julián Andrés Godoy Lemus

Había una vez un chico llamado Juan Camilo, que vivía en el corregimiento de Huina, municipio de Bahía Solano, donde todos los días realizaba la misma rutina, como levantarse, bañarse, comer e ir a pescar. Él pensaba que esto lo realizaban todas las personas que estaban en el universo.

El domingo, que es su día de descanso, le dio por ir a arreglar el desorden que había en su habitación. De repente, le dio por mirar hacia la pared y observó que había un portal, el cual lo transportó y lo llevó a otro



universo, donde se pudo dar cuenta que había otra persona con las mismas características físicas, es decir, una persona igual a él. Tanto le causó curiosidad, que comenzó a vigilarlo por unos varios días y pudo darse cuenta que tenían los mismos rasgos físicos.

Tanto fue el asombro de Juan Camilo, que descubrió que en ese otro universo se podían realizar otras cosas, y observó que todos los días se podía realizar algo diferente. Se sintió muy atraído y se preguntaba cómo sería hacer una cosa diferente a lo que él estaba acostumbrado. Cada día se animó a hacerlo y por una vez en su vida se sintió pleno, con ganas de comer cosas deliciosas y experimentar cosas nuevas.

Una mañana, Juan Camilo salió a caminar las calles para conocer y disfrutar de tantas cosas lindas y



maravillosas que su universo no tiene. Se detuvo en un lugar donde vendían todo lo referente a repostería, preguntó qué precio tenía el pastel sabor a maracuyá, cuando de repente chocan miradas con su otro yo del universo, y se vio afectada la teja espacio tiempo, es decir, se ve afectado el tiempo y el espacio, donde quedaron impactados los dos.

Esto hizo que entre ellos dos se estableciera un diálogo, en el que empezaron a preguntarse del parecido tan enorme que había entre ellos. Para ello decidieron buscar a un científico famoso, Oscar Godoy, donde les explicó que por causa del encuentro de ellos dos, ya cada uno tenía su propio universo y tenían un parecido igual, esto hacía que provocara una explosión, ya que afectaban la existencia misma.



En un momento de angustia y desesperación al saber que faltaba poco para explotar los dos universos, encontraron al responsable de la llegada de Juan Camilo a este universo, que era conocido con el nombre de Petro Seppanen, donde explicó que todo lo había hecho para recuperar a su familia fallecida, ya que en otro universo podría existir otra familia igual a la de él. Ellos le dijeron que por favor detuviera ese plan, ya que podía ocasionar el fin de dos universos, y él respondió que mientras él estuviera con su familia, no le importaba morir junto con ellos.

Se formó una discordia entre ellos, hasta el punto de agredirse. De un momento a otro, el señor Petro comenzó a sentirse mal, provocándole un infarto en el corazón, el cual hizo que el portal se abriera



inmediatamente, donde Juan Camilo, al ver que este estaba abierto, aprovechó y le dijo a su otro yo que él se iba para su hogar a vivir y experimentar todo lo que había aprendido en ese otro universo, buscando una mejor calidad de vida, ya que su vida no le encontraba sentido de vivir, y de esa manera enseñarle a todas las personas de su universo una mejor vida.



Las raíces que nos unen

Marícel Tobón Duarte

Les voy a contar una historia que no muchos conocen. Yo me llamo Lli, mi pueblo cuidaba a los tres árboles de la naturaleza que eran los más grandes y viejos. Un día llegó un grupo de señores que habló con el gobernante. Le darían dinero por permitir talar los árboles más viejos. Toda la comunidad estuvo de acuerdo, excepto yo, pero nadie me escuchó.

El primer día de la llegada, talaron el árbol de los animales y cazaron todas sus aves. El segundo día talaron el árbol del agua. El tercer día, los señores



trabajaron para hacer miles de tablas de madera; los sobrantes eran arrojados al río. En unas cuantas semanas, talaron los árboles más pequeños y construyeron casas para los trabajadores. Era el último día del mes y también para el árbol de la magia.

Yo decidí ir a un río cercano a mi casa. No quería ver como talaban el último árbol. En cuanto me acerqué al río, escuché un ruido. Era una niña con un tronco en el agua.

—¿Qué haces ahí?, pregunté.

Me respondió que estaba llorando. Su piel estaba arañada y quemada, sus ojos rojos, su cabello sucio y sin poder respirar bien. Me dijo que por qué no seguí insistiendo para salvarla. Yo no sabía de qué hablaba,



pero sí que sufría. La niña continuó diciéndome cosas mientras salía del agua. Dijo:

—Yo soy Nara y soy naturaleza. Si no me cuidan, ni se detienen de hacerme daño, destruiré todo, haciendo desbocar el río con todos los troncos y basuras.

Salí corriendo y grité que el agua ya venía. Lo más alto era el árbol, pero las máquinas ya se estaban acercando al árbol. Decidí interponerme. El resto del pueblo me siguió y justo en ese momento el agua se desvió por la parte más baja e inclinada. Así, comprendimos que el árbol era el que nos había unido y mantenía vivo el pueblo. No lo talaron, al contrario, se volvió un lugar protegido y cuidado por todos, no volvimos a talar árboles y Nara se pudo curar y se volvió una amiga más.



Amigos verdaderos

Karla Nahíara Hínestroza Arcos

Había una vez una ballena y un delfín, muy amigos desde pequeños. Un día estaban haciendo una actividad, fueron a inscribirse y les dijeron que eran de grupos de seis. La ballena respondió:

—Sí, nosotros nos reunimos ¿para cuándo es la actividad?

Le respondieron:

—Para el viernes.

Y se fueron felices.



Estaban buscando a los otros amigos, y vino un cangrejo y les dijo:

—¿Puedo ser de su grupo?

Y le respondió la ballena:

—No, tu eres muy pequeño y debilucho.

Entonces, el delfín le dijo:

—Tú también eras pequeño y debilucho, y ahora que creciste eres fuerte. Yo te acepté como tú eras ¿O sea que tú estás conmigo solo porque soy fuerte? Eso no es ser un amigo verdadero.

Y el delfín se fue enojado. Entonces la ballena se sintió mal y se fue. El cangrejo también se sintió mal, porque la pelea fue por él, y se fue a hacerles unos regalos para



los dos. Les dio un corazón que tenía una carta, se la entregó a los dos y les dijo:

—Los verdaderos amigos no se separan.

Y también les dijo:

—Yo sé que soy pequeño, debilucho, pero así me creó Dios.



El cuento de la ballena enmallada

Andrés Esteban Rivas Roa

El pasado veinte de agosto del 2024, en el Corregimiento El Valle, municipio de Bahía Solano, en las horas de la mañana, en el Océano Pacífico, una ballena, a quien llamaré Luchona Sobreviviente, estaba en problemas.

La ballena Luchona, que venía con su cría para enseñarle a nadar, se encontró con una malla que no la dejaba nadar, porque quedó atrapada, luchando desde El Valle hasta la Ensenada Utría, hasta que unos



humildes pescadores la rescataron, la liberaron y se salvó, para seguir teniendo más ballenaticos.

Esto es para que tengamos más conciencia y no permitamos más mallas y cuidemos el medio ambiente.

Nosotros los niños somos el futuro de Colombia.



La princesa y la pluma mágica

Valery Chala Lozano

Érase una vez una princesa que era muy aventurera y siempre era feliz, hasta que un día su padre falleció. Desde ese entonces, su madre tuvo qué cuidar el castillo sola, por lo que no tuvo más tiempo para su hija, y ella, como quería divertirse, intentó escapar, pero su mamá no la dejó; lo intentó muchas veces, pero no lo logró. La princesa, ya cansada de todo, se rindió.

Un día, recibió la noticia de que venía de visita su amiga. Venía desde muy lejos. Ella se puso feliz, esperó durante tres días y después de los tres días llegó su amiga, pero la reina no se dio cuenta, se divirtieron



por el castillo y corrieron por el patio, cayeron al piso y empezaron a charlar, y le dijo a la princesa:

—¡Tenía tiempo que no me divertía tanto!

—Sí, yo igual, le dijo la princesa. Desde que mi padre murió, mi mamá no es la misma.

—¿Y por qué no te escapas?

—Ya lo he intentado, pero no lo logro.

—No te preocupes. Yo te ayudo.

Después de horas charlando, se fueron para el castillo.

Al otro día se escaparon a la aventura. En el camino, encontraron a un señor que les dio un mapa.

—Se dirige a un gran destino que les espera, les dijo.

Entonces, llegaron unos guardias de un castillo que era muy extraño, y se llevaron a su amiga, y la princesa



tuvo que ir en su búsqueda. Caminó mucho detrás de esos guardias. Después de cruzar un monte, llegaron a una cabaña donde, de pronto, los guardias dejaron a la amiga y le dieron a tomar algo raro y se fueron, y entonces ella se estaba muriendo. La amiga le dijo:

—Tienes que seguir sola.

Y tuvo que seguir sola. Siguió su destino. Después de cruzar un puente y selvas, llegó a una cueva, donde vio la pluma mágica, que tomó en sus manos, pidió su deseo y pudo ser más feliz.



El gusano busca esposa

Erlínsson Zuñiga Aviles

Este era un gusano que salía a buscar una esposa y encontró coscorrónes. La historia comienza así: el gusano salió de su casa, tropezó con una piedra y le preguntó:

—¿Es usted un gusano?

Como las piedras tienen la mala costumbre de no contestar, pues no contestó. El gusano le volvió a preguntar:

—¿Es usted una gusana?



De nuevo, solo contestó el silencio. El gusano se cansó de interrogar a la piedra y siguió su camino. Chocó contra un árbol, y le preguntó, tratando de ser lo más amable posible.

—¿Acaso es usted una gusana?

El árbol, que llevaba más de cien años de responder a preguntas, no todas muy inteligentes, le respondió:

—No, no soy una gusana. Soy el tule, uno de los árboles más maravillosos de la tierra. Mido ochenta metros de alto, mi sombra puede cobijar a todo un pueblo y en mis años de vida he visto nacer a padres, hijos, nietos y tataranietos.



La respuesta asustó mucho al gusano que, aparte de cegatón, era bastante sordo, especialmente cuando sus interlocutores hablaban desde las nubes.

—¡Dios santo! —dijo el gusano— Una gusana que mide más de cien metros, creo que no me conviene. Y se alejó, abriendo y cerrando los ojos como era su costumbre. El brillo del sol lo dejaba ciego y las sombras de las nubes lo engañaban. Ya se acercaba la oscuridad, cuando cayó a un hueco en el que había una casa larga, cálida, resbalosa.

—Usted discúlpeme —dijo—. No soy de aquí ¿Podría decirme dónde puedo encontrar una gusana?

—Yo soy una gusana —gritó. La casa larga, cálida y resbalosa, hasta una gallina, que es el animal más tonto de la tierra, podría encontrar.



La gusana hablaba con orgullo, en tono de regaño, pero su voz era agradable, y su cuerpo, ni qué decirlo, era la cosa más deliciosa que se pudiera imaginar.

—Estoy salvado —dijo el gusano.

—¿Se puede saber por qué?

—Pues porque voy por el mundo, buscando precisamente a una gusana ¿Para qué? Nada más quiero casarme.

—¿Nada más quieres casarte? ¿Te parece cosa sin importancia el matrimonio? ¿Hay tipos así que andan buscando esposa?

—¡Sí! ¿Cómo lo supiste?



-Pues porque me lo acabas de decir. Creo que no eres más tonto que una gallina... pero está bien, me casaré contigo.

Años después, tuvieron dos hijos y vivieron felices por siempre.



La mariposa de colores

Britany Zariana Mosquera Zuñiga

Había una vez una mariposa de colores, tan hermosa que era la envidia de todos los animales. Pero un día, ella salió al bosque a dar un paseo, y tuvo la dicha de encontrarse con otras mariposas, y ellas le preguntaban que ella qué se hacía para verse cada día tan hermosa. La mariposa de colores les dijo que era solo amanecer todos los días con una sonrisa cada mañana. Entonces, las otras mariposas del bosque siguieron las palabras que les había dicho la mariposa de colores y entonces se había acabado la envidia.



Un día, la mariposa de colores estaba en el bosque, como ella solía hacerlo. Cuando ella estaba tan sonriente, llegó el amor de su vida y se casó y fue feliz, pero ella pensó que su felicidad era para siempre, hasta que llegó una mariposa intrigosa, que no quería que la mariposa de colores fuera feliz. Pero como la mariposa de colores era querida por todos los animales del bosque, entonces todos cogieron a la mariposa intrigosa y le dieron una lección: que tenía que ser una mariposa bien, para que todo el mundo la quisiera y para que así, cada día que se despertara, fuera tan, pero tan hermosa, como la mariposa de colores. Entonces fue así que ella cogió el consejo que los animales del bosque le habían dicho, y fue así que cada día ella era tan hermosa, y fue así que nunca más envidió a la mariposa



de colores y fueron las mejores amigas. Entonces fue así que la mariposa de colores fue feliz para siempre y todos los animales del bosque fueron felices para siempre.



Las tres amigas y las mariposas

Carmen Abril Palacios Palacios

Érase una vez tres amigas, llamadas Natalia, Celeste y Camila. Vivían al frente del mar en una casa enorme, no eran ricas ni pobres, ellas tenían siete años las tres, y a una le gustaba modelar, a otra le gustaba cantar y a la última diseñar y modelar. Ellas estaban jugando y se encontraron una mariposa de colores herida y la llevaron a casa. Sus padres, contentos, le hicieron una casita de mariposas.

Un día, las niñas salieron a correr con la mariposa y se adentraron al bosque, cuando dijo Natalia:



–Camila y Celeste, ¡nos perdimos!

Y dijo Celeste:

–¡Ay, no! ¿qué vamos a hacer?

Camila respondió:

–¡Yo no sé!

En eso se encontraron con tres chicos, sus vecinos, que también se habían perdido. Ellos hicieron una cabaña y camas. En cada cama dormían las parejas y la mariposa dormía con Celeste. Ellos se levantaban temprano en la mañana para coger frutas para comer. Estaban cerca de un río, cuando salieron a cazar para comer y se encontraron una mariposa de color azul con blanco ¡Era hermosa! Natalia la recogió porque estaba herida y se la llevó a la cabaña.



Sus padres, angustiados, al día siguiente las encontraron, se las llevaron a su casa con las mariposas y al regresar se encontraron otra mariposa. Camila la recogió. Ellas tres cuidaban de las mariposas. Pasaron días y las niñas cumplieron veinte años, se casaron, tuvieron dos hijos, niña y niño. Un día las mariposas salieron a jugar, los niños vieron tres perros y los adoptaron.



La ballena enmallada

Elkín Alonso Florez Rivas

Había una ballena enmallada y gracias a Dios la fueron a ayudar porque estaba a punto de ahogarse. A la pobre ballena le quedaron muchísimas marcas y los pescadores la pudieron rescatar, la liberaron. La ballena estaba muy feliz y como agradecimiento saltó y saltó. Los pescadores quedaron felices de ayudarle a esa pobre ballenita, y ya cuando se iban para la casa, en el camino se encontraron con una tortuga enmallada, a la que también ayudaron. La tortuga quedó satisfecha, de agradecimiento dio unos aletazos y los pescadores



quedaron felices y se fueron felices para su casa. En el camino encontraron una embarcación llena de turistas que estaba hundida y los turistas estaban muy cansados de nadar y ya casi a punto de ahogarse, llegaron los pescadores al rescate, y gracias a Dios los pescadores salvaron a los turistas y todos fueron felices.



La mariposa, el señor y el dinosaurio

Danny Yicel Chaverra Obregón

Había una vez un señor al que le gustaba ir al bosque,
pero un día se encontró con un dinosaurio que se lo iba
a comer y el señor le dijo:

-No me comas. Te tengo una propuesta.

Y el dinosaurio respondió:

-Dime, qué tienes para decirme.

-Mira, no me comas y te hago todo lo que pidas.

Entonces, ¿sí o no?

El dinosaurio dijo:



Al otro día en la mañana salió un arco iris y una mariposa pasó por el lado al señor, se le montó en la nariz (¡el señor es alérgico a las mariposas!), voló y el señor la intentó coger, y cayó a una chamba. El dinosaurio lo cogió y se lo llevó para el campo con la mariposa. El dinosaurio tenía tanta hambre, que dijo:

-Te voy a comer

El señor dijo:

-Ve a comer, a buscarme comida.

El señor dijo:

-Voy, voy,

-Si no encuentro, te como. Tienes plazo hasta la tarde,

El señor recorrió todo el bosque y no consiguió nada, llegó la tarde y dijo:



-No voy a ir donde el dinosaurio.

Y corrió y corrió. El dinosaurio se comió la mariposa, rugió y salió corriendo rápidamente lo que pudo y el dinosaurio corrió y lo encontró

Y salió el arco iris. Las mariposas que eran amigas de la mariposa atacaron al dinosaurio y llegó la mamá de la mariposa y le golpearon la pata y se murió. Y el señor se encontró con el hijo del dinosaurio, el señor dijo:

-Tu mamá se murió porque mis amigas mariposas lo mataron porque me quería comer y me ayudaron y lo mataron, y el señor se puso a reír. Ja ja ja.



La mariposa, la niña y el arco iris

Anny Valeria Murillo Murillo

En una naturaleza muy linda, andaba una mariposa de paseo con una niña, y la niña se quedó observando el bosque, vio un arcoíris y se conocieron mejor. Pero estaba muy penosa la niña y llamó a la mariposa para que la ayudara a agarrar una rosa para el arcoíris, para que se conocieran mejor. Pero el arcoíris se fue a conseguir unas frutas para la niña y la mariposa, para que se les quitara la pena a las dos, a la niña y a la mariposa. Entonces la niña y la mariposa fueron a coger una rosa y la mariposa no alcanzó y después pudo alcanzar la rosa de varios colores. Entonces la niña y la



mariposa llegaron, y el arcoíris estaba haciendo una rica mermelada de fresa, moras y uvas, y eso estaba muy rico y delicioso, y ellas se lo comieron todo.

La niña estaba comiendo todo su poquito y le cayeron unas gotitas de la mermelada, y la niña empezó a llorar muy fuerte y le echaron una pomada para que se quitara el dolor, y la mariposa y el arcoíris se fueron a buscar hierbas para que se le quitara el dolor y le empezaron a salir ampollas, y cuando dormía le estaban untando la pomada y la niña se despertó muy contenta porque ya no le dolía, y al tiempo se le iban reventando todas, poco a poco, y un día la niña miró sus piernitas y dijo:

—Ya no tengo ninguna ampollita.



Entonces la mariposa y el arcoíris le hicieron un caldito para que almorzara, porque no había comido en todo el día. No más había comido la mermelada, y la mariposa, mientras tanto, estaba buscando frutas para hacer un jugo de frutas, como de fresas, y después fue a buscar verduras, y después de comer hicieron ensalada de frutas para comer por el camino. Cuando la terminaron, despertaron a la niña y se fueron al campo a pasear por el camino. Mientras comían, al arcoíris se le cayó una fresa y la niña le echó una fresa al arcoíris, entonces se fueron de regreso a casa y la lluvia se vino, entonces se bañaron en la lluvia y al final vivieron felices para siempre.



¿Soledad?

Saray Cano Ortega

Hilde era una niña tímida de unos trece años, vivía con su padre pero ella siempre estaba sola debido a que él trabajaba mucho para sostener el hogar. Su padre se encargaba de cuidar las propiedades de la alta sociedad. Hilde no tenía problema con su “soledad”, pues ya estaba acostumbrada, o eso creía. Después del colegio, Hilde solía encargarse de los oficios del hogar, procuraba mantener todo limpio y la comida al día, luego leía hasta que su padre llegaba, aunque había ocasiones en que nunca llegaba y ella se acostaba a dormir.



Un día, en el colegio, unas personas se acercaron e hicieron amistad con Hilde. Sin descuidar sus oficios, empezó a salir con Stanly y Emanuel. A ellos les gustaba correr en bicicleta y admirar los paisajes, también solían viajar a otros planos mediante nubes de humo, sustancias que sembraban, rocas mágicas, etc. Ellos se encontraron con personas de otros mundos. Hilde estaba encantada con esta nueva visión del mundo, y ya casi no quería estar en la tierra, no le importaba ver lo débil que estaba su cuerpo pues estaba feliz.

Hasta que un día su padre llegó temprano a casa, y al no encontrarla se sorprendió y decidió llegar temprano los próximos días. Así fue. Poco a poco se fue enterando de sus viajes y encontró sus portales. Su padre estaba cansado, asustado, y en medio de su desesperación por



no saber cómo ayudarla, envió a su hija a otro estado, con su madre.

A pesar de conocer muchas personas nuevas, y aunque siempre estaba acompañada de su madre y su hermana, nunca se había sentido tan sola, tan vacía, no se halló a sí misma en ninguna parte, ya no supo expresarse con alguien, como si ella misma fuera de otro mundo.

Hilde no volvió a hablar, no quiso relacionarse con nadie más y guardó silencio y buscó esa soledad que alguna vez le habían traído paz.



Rescate de una ballena

Ángel David Hurtado Córdoba
Breiner Alfredo Hurtado Córdoba

Había una vez, en un paraje denominado Ensenada de Utría, un lugar donde suelen llegar ballenas a parir sus crías. Por dicho sector se encontraban unos pescadores y, de un momento a otro, vieron que una ballena estaba enredada en una malla. Teniendo en cuenta que dichos mamíferos vienen desde la Antártida, después de recorrer 8500 kilómetros, que por el gran amor que le tienen a sus crías, se trasladan para desarrollar su etapa reproductiva, que comprende la fecundación, la gestación y nacimiento de los ballenatos.



Los pescadores se preocuparon mucho por el gran pez, y de manera riesgosa empezaron a intentar quitarle la malla al mamífero. Los pescadores, por el gran amor que sienten por la biodiversidad, arriesgaron sus vidas y se lanzaron al mar a desenredar la ballena. El cetáceo se veía ya fatigado y agobiado de tanto intentar salirse de dicha malla.

Los pescadores seguían trabajando para lograr soltar la ballena, un animal de varias toneladas que, con su gran instinto permitió que los pescadores le quitaran la malla. Fue así que después de más de una hora lograron desenredar al cetáceo.

En ese lugar suelen dejar restos de mallas a la deriva, lo que pone en riesgo a cualquier pez, grande o



pequeño, de que se mueran, porque también hay tortugas.

La ballena se fue tranquila y muy feliz a seguir con su proceso reproductivo. Los pescadores y buzos, ante la magnitud del problema, hicieron un llamado a expertos en rescate de vida marina y expertos en rescate para prestar ayuda inmediata. La comunidad busca evitar que situaciones como esta tengan un desenlace trágico.

Moraleja: concientizar a la población y veredas aledañas, evitar tirar al mar desechos, mallas plásticos y residuos, como basuras, que contaminen y hagan daño a las especies marinas, en especial a las ballenas.



El niño y la chica que le cambió la vida

Eilyn Yaritza Moreno

Una vez un niño al que le gustaba dormir, bañarse y jugar, y no le gustaba hacer las tareas por estar jugando. La mamá le llamaba mucho la atención y el niño no hacía caso. El niño solo vivía con la mamá y el papá. El papá lo regañaba y le pegaba, y no hacía caso; lo castigaban y él se volaba con sus amigos y los padres pensaban que estaba dormido.

Hasta que un día el padre lo pilló y lo regañó y lo entró. Al día siguiente le tocaba ir a estudiar; la mamá lo levantó y se quedó dormido y el papá al niño lo fue a



ver y le pegó un grito para que despertara, porque estaba llegando tarde. El niño se levantó, se bañó y se organizó, y el papá lo llevó al colegio y habló con el profe, porque no había hecho la tarea por andar jugando. El niño dijo que sí la había hecho. El papá le dijo que sacara el cuaderno y les mostrara, y el niño dijo que no, y el papá volvió y le repitió cuatro veces que sacara el cuaderno, y lo sacó y no había hecho nada. El niño se asustó porque él dijo que cuando llegara a la casa arreglaba con la mamá, y el niño se puso grosero con el profe y peleó con un niño llamado Fabián y los expulsaron por dos días.

La mamá se sentó a hablar con él, y le dijo que cambiara porque iba perder el año, y que el ya entendía, porque el niño sabe las cosas.



Al día siguiente iba a hacer un mandado, y vio una linda chica y le preguntó que cómo se llamaba. La chica le dijo que tenía quince años y que se llamaba Deilyn Dayana. Y ella le preguntó al niño que cómo se llamaba. Él le dijo que tenía quince años también y que se llamaba José. Él le dijo que si tenía teléfono y ella le dijo que sí. Él le dijo que si se lo podía dar y ella dijo que sí. Él le dijo:

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Y ella dijo:

—Sí, normal, habla sin miedo.

—Okey. Si no que tú me gustas y si podemos ser novios.

Y ella le respondió:



–Jummm, ¿será? Tú eres muy lindo, me caes bien.
Entonces sí.

Desde ahí, José empezó a cambiar. Casi no jugaba, hacía las tareas, se portaba bien. Lo único que no dejó fue la dormidera, pero estaba cambiando.

La mamá le dijo:

–¿Qué te pasa? Estás como muy extraño, tú no eres así, dime qué tienes. Has cambiado demasiado.

Y el niño le dijo:

–Mamá, tengo novia, es una linda chica, se llama Deilyn Dayana y tiene quince años, como yo.

La mamá, sorprendida, le dice al papá y el papá le dice:

–¿Cuándo la vas a presentar?



El niño dijo

—Hoy. Ella no demora en venir.

A los cinco minutos tocaron la puerta y era ella. Se las presentó y que les caía bien los padres de José. De ahí se fueron a jugar, fueron a piscina, vieron película, y desde ahí el niño se volvió obediente. No peleaba ni nada y con los consejos de la mamá ganó el año y pasó para once y desde ahí todos vivieron felices por siempre.



Los malos vecinos

Crisliana Roja

Shaira Milena Pacheco Medina

María Isabela Ruíz Rivera

Mayeli Ruíz Rivera

Había una vez un hombre que salió un día de su casa para ir al trabajo, y justo al pasar por delante de la puerta de la casa de su vecino, sin darse cuenta se le cayó un papel importante.

Su vecino, que miraba por la ventana en ese momento, vio caer el papel y pensó.

—¡Qué descarado! ¡El tío va a tirar un papel para ensuciar mi puerta, disimulando descaradamente!

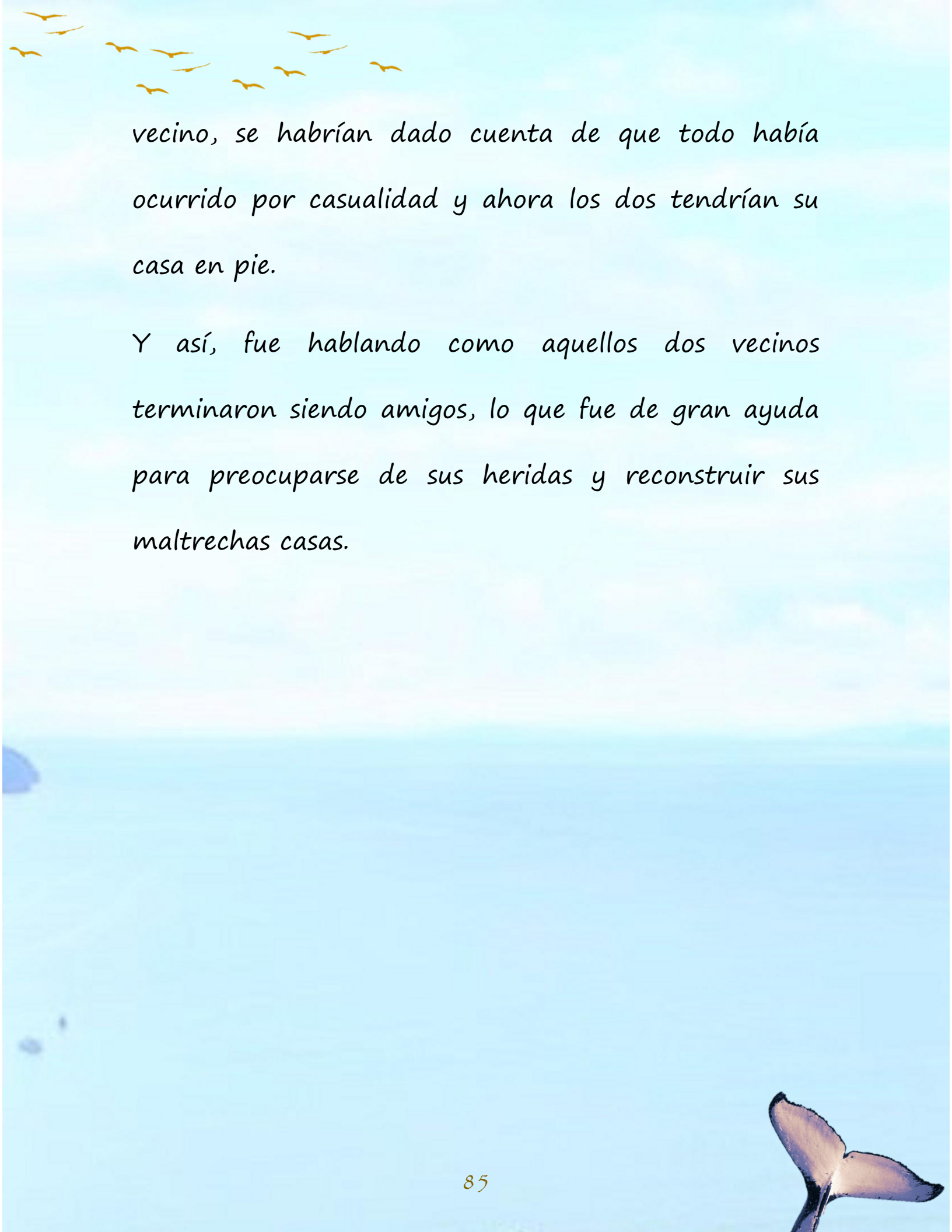


Pero en vez de decirle nada, planeó su venganza, y por la noche vació su papelera junto a la puerta del primer vecino. Este estaba mirando por la ventana en ese momento, y cuando recogió los papeles, encontró aquel papel tan importante que había perdido y que le había puesto un problemón aquel día. Estaba roto y tirado en la puerta de su casa, pero no quiso decirle nada y se puso él también a preparar su venganza. Esa noche llamó a una granja para hacer un pedido de diez cerdos y cien patos, y pidió que los llevaran a la dirección de su vecino, que, al día siguiente, tuvo un buen problema para tratar de liberarse de los animales y sus malos olores, pero este, como estaba seguro de que aquello era idea de su vecino, en cuanto se deshizo de los cerdos, comenzó a planear su nueva venganza.



Y así, uno y otro siguieron fastidiándose mutuamente, cada vez más, y de aquel simple papelito en la puerta llegaron a llamar a una banda de música, o una sirena de bomberos, a estrellar un camión contra la tapia, lanzar una lluvia de piedras contra los cristales, disparar un cañón del ejército y, finalmente, una bomba terremoto que derrumbó las casas de los vecinos.

Ambos acabaron en el hospital, y se pasaron una buena temporada compartiendo habitación. Al principio no se dirigían la palabra, pero un día, cansados del silencio, comenzaron hablar del incidente del papel, entonces se dieron cuenta de que todo había sido una coincidencia y que, si la primera vez hubieran hablado claramente, en lugar de juzgar como malas las intenciones de su



vecino, se habrían dado cuenta de que todo había ocurrido por casualidad y ahora los dos tendrían su casa en pie.

Y así, fue hablando como aquellos dos vecinos terminaron siendo amigos, lo que fue de gran ayuda para preocuparse de sus heridas y reconstruir sus maltrechas casas.



Los ateos y la grandeza de Dios

Yaseny Ríos Ríos

Había una vez una niña llamada Natalia, que deseaba sentir la presencia de Dios. Pero había un problema: la familia era atea, no creían en Dios. Pero Natalia tenía una tía llamada María, que adoraba al verdadero Dios, le encantaba ir a la iglesia, orar y leer la biblia. Entonces la señora María le hablaba mucho a la niña de Dios y le gustaron todas las maravillas que hace Dios. Un día, Natalia le pidió a la tía María que, por favor, la llevara a la iglesia; quería escuchar más testimonios de la grandeza de Dios. Justamente el día en que



Natalia y María iban a ir a la iglesia, los papás se opusieron y le dijeron:

—Natalia, todas las iglesias dicen lo mismo, ninguna iglesia va a decir, “acá estamos practicando la mentira, vayan a la otra iglesia que esa es la verdadera, donde Dios se manifiesta”.

Exclamó el papá:

—Por lo tanto, Dios no existe, todos practicamos cosas diferentes, nosotros no creemos en Dios.

De inmediato, Natalia se colocó a llorar y la tía María se encerró en el cuarto de Natalia para orar por los demás y dijo:

—Padre (Dios), perdónalos porque aún no conocen de tu palabra, manifiéstate en medio de sus vidas y dale



mucha sabiduría a Natalia y guíala que conozca más de ti.

Y así, Dios se manifestó en sus vidas. Poco a poco, pasaron demasiados días y la tía María oraba todos los días por Natalia y los papás.

Dios respondió a sus oraciones. Pasó un mes y medio, cuando los papás de Natalia tuvieron un accidente. La tía María le enseñó a orar a Natalia y todos los días oraban y exclamaban al señor (Dios) y Dios escuchó sus oraciones.

Era tan grave el accidente que quedaron en coma y un día los papás se despertaron de ese coma y estaban como si nada les hubiera pasado. Hasta los médicos se sorprendieron y la tía María les dijo:



-¿Vieron lo grande que es Dios?

Y desde ahí, todos como familia fueron a la iglesia.



Mi mejor amigo es Bíngo

Diana Marcela Moreno Pino

Había una vez un hombre llamado Freddy, que vivía en la ciudad. Freddy estaba en busca del amor, pero lo que él no sabía era que encontraría algo más grande que el amor, una hermosa amistad. Un día, Freddy salió de paseo a las afueras de la ciudad Freddy. Como era un hombre muy rico, quería una mujer que le diera un hijo para dejarle su herencia. Él nunca había tenido una relación desde que sus padres fallecieron, y además era hijo único.



Freddy caminó hasta lo más alejado de la ciudad y, de pronto, escuchó unos ladridos que venían de un lago que estaba cerca. A Freddy le dio curiosidad y se acercó a echar un vistazo. Era un cachorro muy lindo. Freddy lo revisó, para asegurarse de que no estuviese lastimado. Luego revisarlo, buscó por el lugar para ver si el dueño estaba cerca. Como no vio a nadie, tomó al cachorro y lo llevó a su casa.

Freddy estaba muy feliz, pues cuando era un pequeño niño siempre había deseado un cachorro y su deseo se cumplió. Al llegar a casa, Freddy procuró ponerle un lindo nombre. Le puso por nombre Bingo. El cachorro era muy juguetón. Freddy preparó la cena para él y para su nuevo amigo. Al siguiente día, el hombre despertó y no vio al cachorro en la cama. Para su



sorpresa, estaba en el patio excavando para hacer popó.

Era un buen cachorro.

El hombre salió de compras con su nuevo amigo.

Compraron tantas cosas que en el regreso a casa el hombre tomó un taxi. En ese taxi había una bella mujer que lo hipnotizó y le cayó súper. Al perro, en cambio, no le gustaba para nada esa mujer. El hombre le preguntó a ella su nombre.

—Me llamo Caterin, y le dijo ella. Él la invitó a almorzar y Caterin dijo:

—Acepto, pero con una condición.

—¿Qué?, le dijo el hombre.

—Pues que dejes en casa a tu perro.

—Okey, dijo el hombre.



Al siguiente día, el hombre se encontraría con Caterin en su restaurante favorito, decidió complacer a Caterin y dejar a su amigo en casa, y con tristeza se fue a su cita. Al encontrarse con Caterin en el restaurante, empezaron a charlar y a comer. En ese momento Freddy le contó a Caterin de su herencia, pero lo que Freddy no sabía era que Caterin era una caza fortunas. Caterin se sorprendió y empezó a preguntar más sobre el dinero.

Un día muy casual, Freddy se acababa de levantar, y se acordó del cachorro y rápidamente se levantó y lo encontró ladrándole a Caterin, que quería tratar de robar las pertenencias de Freddy. El cachorro, con valentía, quería defender a su dueño. Caterin, presenciando el momento, agarró un cuchillo para



atacar a Freddy. El cachorro, viendo eso, se lanzó sobre Caterin y entonces ella lo hirió. Freddy estaba muy asustado. Caterin huyó, Freddy llamó a un veterinario y a la policía. El veterinario dijo que, siendo un cachorro tan pequeño, se le dificultaría salvarlo, pero que lo intentaría. Al rato, el veterinario llegó muy feliz y felicitó a Freddy. Le dijo que tenía un cachorro muy valiente.

Pasaron los meses, y Freddy y Bingo eran los mejores amigos. Un día Freddy salió a pasear a su perro al parque. Jugaban con la pelota, cuando de repente vino una perrita muy bonita hacia Freddy y lo tiró al suelo, y su dueña vino corriendo a disculparse. Freddy aprovechó y se presentó, le preguntó su nombre y ella dijo:



–Me llamo Flor y mi perrita se llama Catia.

Freddy recitó un bello poema para Flor y se enamoraron. Lo que llaman amor a primera vista. Pasaron cinco años y Flor y Freddy se casaron y tuvieron una bella hija, a quien llamaron Salomé, una niña muy alegre. Catia y Bingo también se enamoraron y tuvieron muchos cachorros.



El secreto de la vieja librería

Dílan Damían Congo Cabeza

En el corazón del bullicioso centro de la ciudad, escondida entre altos edificios de vidrio y acero, se encontraba una antigua librería. Su fachada de madera oscura estaba desgastada por el tiempo, y las letras doradas del letrero casi habían desaparecido, pero aún se podía leer: *Librería de los Sueños Perdidos*. Era un lugar que pocos notaban y aún menos visitaban. Una tarde de otoño, un joven llamado Samuel, curioso por naturaleza, decidió entrar en la librería. Siempre había sido un amante de los libros antiguos y tenía una sensación inexplicable de que este lugar guardaba algo



especial. Al abrir la puerta, una campanilla resonó suavemente, y el olor a papel viejo y cuero lo envolvió. Detrás del mostrador estaba el propietario, un anciano de aspecto amable con una larga barba blanca y ojos brillantes que parecían saber todos los secretos del mundo. Samuel se acercó tímidamente, y el anciano le dedicó una sonrisa cálida.

—Bienvenido a la *Librería de los Sueños Perdidos*, joven

—dijo el anciano—. ¿Buscas algo en particular? Samuel negó con la cabeza.

—No, solo estoy explorando —respondió—. Siempre me han fascinado los libros antiguos.

—Has venido al lugar adecuado —dijo el anciano—. Aquí cada libro tiene una historia que contar.



Samuel comenzó a recorrer los estantes llenos de volúmenes de todas las formas y tamaños. Cada libro parecía tener una energía propia, como si los pensamientos y sueños de sus autores aún estuvieran vivos entre las páginas. De repente, un libro en particular llamó su atención. Era un tomo grande, encuadernado en cuero rojo con detalles dorados. No tenía título en la portada, pero parecía vibrar con una especie de vida propia.

—Ese libro es especial —dijo el anciano, acercándose—. No muchos lo notan. Se dice que contiene un secreto que solo puede ser revelado a aquellos que son dignos.

Intrigado, Samuel tomó el libro y lo abrió. Para su sorpresa, las páginas estaban en blanco. Miró al anciano con una ceja levantada.



—¿Están vacías? —preguntó.

El anciano sonrió misteriosamente.

—Solo parecen estar vacías para algunos. Pero si eres paciente y dejas que tu mente se abra, puede que veas lo que otros no pueden.

Samuel se sentó en una de las cómodas sillas de la librería y comenzó a pasar las páginas, esperando que algo sucediera. Al principio, nada cambió. Las páginas seguían siendo blancas, y Samuel comenzó a sentirse frustrado. Sin embargo, decidió seguir el consejo del anciano y relajarse. Cerró los ojos por un momento, respiró profundamente y dejó que su mente se calmara. Cuando los abrió de nuevo, las páginas ya no estaban en blanco. Una hermosa caligrafía antigua llenaba cada página, y Samuel se encontró leyendo una historia que



parecía sacada de un sueño. Era la historia de un reino perdido, lleno de magia y misterio, donde los héroes luchaban contra las fuerzas oscuras para proteger su hogar. Pero había algo más en la historia, algo que resonaba profundamente en su interior, como si conociera a los personajes y los lugares descritos. Pasaron las horas, y Samuel estaba tan absorto en la lectura que no se dio cuenta de que el sol se había puesto y la librería estaba ahora bañada en la suave luz de las lámparas de aceite. El anciano observaba a Samuel desde la distancia, sonriendo para sí mismo. Finalmente, Samuel llegó a la última página del libro. En ella, había un mapa detallado de un lugar que parecía muy similar a la ciudad en la que vivía, pero con algunas diferencias sutiles. En el centro del mapa,



donde se encontraba la librería, había una marca especial.

—¿Qué significa esto? —preguntó Samuel al anciano.

El anciano se acercó y miró el mapa.

—Ese mapa te llevará a descubrir el verdadero secreto de la librería —dijo—. Pero debes estar preparado. No todos los que lo han intentado han regresado. La advertencia solo sirvió para aumentar la determinación de Samuel. A la mañana siguiente, decidió seguir el mapa. Recorrió las calles de la ciudad, notando que algunos edificios y lugares parecían diferentes, como si estuvieran sacados de otra época. Finalmente, llegó a un callejón estrecho que nunca antes había visto. Al final del callejón, encontró una puerta antigua con símbolos extraños grabados en ella. Usando el mapa



como guía, Samuel abrió la puerta y se encontró en una habitación que parecía sacada de otro mundo. Había libros flotando en el aire, luces parpadeantes y una sensación de magia palpable. En el centro de la habitación, una esfera de cristal emitía una suave luz azul. Samuel se acercó con cautela y, al tocarla, una oleada de imágenes y sensaciones lo invadió. Vio visiones de un pasado antiguo, de magos y guerreros, de reinos perdidos y batallas épicas. Pero también vio un futuro, un futuro en el que él mismo tenía un papel crucial que desempeñar. Cuando la visión terminó, Samuel se dio cuenta de que había encontrado lo que buscaba: un propósito. La librería no solo guardaba libros antiguos, sino también los sueños y esperanzas de aquellos que habían venido antes que él. Y ahora, era su turno de



proteger y preservar ese legado. Regresó a la librería, donde el anciano lo esperaba.

—Has encontrado tu camino, Samuel —dijo el anciano—. La Librería de los Sueños Perdidos es ahora tu responsabilidad. Cuídala bien.

Samuel aceptó su destino con gratitud. Sabía que su vida había cambiado para siempre, y estaba listo para enfrentar los desafíos que vinieran. La Librería de los Sueños Perdidos seguía siendo un refugio para los soñadores, y ahora tenía un nuevo guardián.



El bosque encantado

Juan Manuel Ipía Cuadrado

En el corazón del bosque encantado, donde los árboles susurraban secretos al viento y las flores brillaban con colores imposibles, vivía una joven llamada Helara. Su cabello, negro como la noche, caía en cascada sobre sus hombros, y sus ojos, del color del cielo crepuscular, reflejaban la sabiduría de los antiguos. Helara no era una simple aldeana; era la guardiana del bosque, heredera de un legado mágico que se transmitía de generación en generación.

Su abuela, la anciana Helara, le había enseñado a hablar con los animales, a leer las estrellas y a sentir el



latido del corazón del bosque. Le había contado historias de un tiempo en que la magia era abundante y los seres mágicos caminaban entre los humanos. Pero esos tiempos habían quedado atrás, y la magia se había debilitado, dejando al bosque encantado vulnerable a las fuerzas oscuras que acechaban en las sombras.

Un día, mientras Helara caminaba por el bosque, sintió una presencia oscura que se extendía como una niebla espesa. El aire se volvió pesado y la luz del sol se atenuó, como si el propio bosque se estuviera ahogando en la oscuridad. Un escalofrío recorrió su espalda, y supo que algo terrible se acercaba.

Siguiendo su instinto, Helara se adentró en el bosque, buscando la fuente de la oscuridad. Los árboles se inclinaban a su paso, como si suplicaran ayuda, y los



animales se escondían aterrorizados. Finalmente, llegó a un claro donde un árbol ancestral, el corazón del bosque encantado, estaba envuelto en una oscura aura. En el centro del claro, vio a una figura oscura y amenazante. Era un ser de sombras, con ojos rojos como brasas y una boca que se extendía de oreja a oreja, mostrando dientes afilados como cuchillas. El ser se reía con una voz gutural, que resonaba en los huesos de Helara.

—Has llegado, guardiana del Bosque—, dijo la criatura. Tu magia es débil, pero la necesito para alimentar mi poder. Ríndete y te dejaré vivir.

Helara se mantuvo firme, su mirada desafiante.

—No te entregaré mi magia—, dijo. El bosque encantado es mi hogar y lo defenderé hasta la muerte.



La criatura se río con más fuerza.

—Eres una tonta, niña. Tu magia no es nada comparada con la mía. Te destruiré y el Bosque Encantado será mío.

Helara se preparó para luchar. Sabía que no podía derrotar a la criatura con la fuerza, pero tenía que encontrar una forma de vencerla. Recordó las historias de su abuela sobre la magia antigua, y se concentró en la energía del bosque encantado.

De repente, sintió una oleada de energía fluyendo a través de ella, llenándola de fuerza y poder. Los árboles a su alrededor se iluminaron con una luz dorada, y las flores se abrieron con un brillo extraordinario. Helara



levantó las manos y una poderosa ola de energía mágica se extendió hacia la criatura. La criatura rugió de dolor y se tambaleó hacia atrás. La luz dorada lo quemaba, y las sombras que lo rodeaban se disipaban como el humo. Helara aprovechó la oportunidad y lanzó un hechizo de purificación, que envolvió al claro en una luz brillante.

La criatura gritó de desesperación y se desvaneció en la nada. El bosque se estremeció, como si estuviera respirando aliviado. Los árboles se enderezaron, las flores se abrieron con alegría y los animales salieron de sus escondites.

Helara se sintió exhausta, pero llena de satisfacción. Había salvado al bosque encantado de la oscuridad, y había demostrado que la magia antigua aún tenía



poder. Sabía que la amenaza no había desaparecido por completo, pero estaba decidida a proteger su hogar con todas sus fuerzas.

Mientras el sol se ponía, Helara regresó a su cabaña. Se sentó junto a la chimenea y observó las llamas danzar. Sabía que su viaje como guardiana del bosque encantado había comenzado, y que tenía mucho que aprender y mucho que hacer. Pero también sabía que no estaba sola. El bosque la apoyaba, y la magia antigua la guiaba.

En el bosque encantado, la magia nunca muere, y la esperanza siempre florece.



La tortuguíta tímida

Yisel Lana Cabrera

Había una vez una tortuguíta tímida que estaba con su mamá. Un día, la mamá se fue a conseguir comida, y la tortuguíta esperó que su mamá llegara, pero no llegó. Como la tortuguíta era tímida, porque las tortuguitas la molestaban, no quiso salir, entonces esperó y esperó, pero su mamá no llegó. Ella buscó y buscó, pero nadie le ayudó. Ella sola estaba buscando a su mamá, se encontró con un pez que le preguntó:

—¿Qué estás buscando?

—A mi mamá.



El pez la acompañó, pero no la encontraron. Llegaron al otro pueblo y les dijeron que había muerto, y la tortuguita no les creyó, entonces siguieron buscando, se cansaron de buscar y se fueron para la casa, y las tortuguitas supieron que se quedó sola. Cuando amaneció, la tortuguita pensó que estaba soñando, pero se dio un pellizcón y vio que no era un sueño, pero cuando vio, todos los animales corrieron a su cama y el pez le dijo:

—Todos se dieron cuenta. No les temas.

La tortuguita dijo:

—Voy a salir.

Los peces la vieron llorar y dijeron “Qué pecado”.



Con el pez se fueron a dar un paseo, pero la tortuguita quiso visitar a su mamá en el cementerio y se puso a llorar tanto, tanto, que el pez se la llevó para la casa, y de tanto que lloró se desmayó. El amigo pez nadaba y nadaba, hasta que encontró a alguien que le ayudara, pero la tortuguita nada que despertaba, y después de tantas horas despertó y seguía triste, pero encontró a una mamá y vivió feliz para siempre con su amigo el pez, en su casa, y con los animales jugaban todos los días.



El mundo mágico

Aíme Barco Sarmiento

En un mundo lleno de diversión y locuras, hay variedades de cosas como peces voladores, gatos buceadores, lagartos detectives y mucho más. Un mundo completamente diferente al resto del universo; siempre era de día, nunca de noche, la arena era polvo de hadas, las flores olían a perfume y el jefe de todo era un hombre muy amado y respetado por todos en ese mundo.

Él era el jefe, porque cuando era más pequeño sus padres nunca le prestaron atención, y cuando tenía diez años intentó suicidarse y su sueño fue cumplido.



Cuando despertó, no sabía dónde estaba y vio gatos saliendo del agua, peces flotando en el aire, y él estaba confundido por todo. Vio un restaurante, se dirigió dentro y se sentó en una esquina a mirar a los otros clientes disfrutando de su comida. Una mesera se acercó atónita por lo que estaba viendo. Rápidamente se dirigió a la cocina, y lo que no se esperaba el niño fue que la mesera le había dicho al chef que le preparara un omelet de pollo. El niño, por ver tanta comida deliciosa le dio hambre y se levantó para irse, cuando la mesera lo llamó.

—Hey, ven. Niño, ven acá.

El niño, cuando escuchó que lo estaban llamando, fue y le preguntó:

—¿Para qué me necesita?



La mesera respondió:

—Ven, siéntate en la mesa.

El niño, pensando en lo que pasó, le traen un omelet recién salido del horno. Él, con timidez, le pregunta a la mesera:

—¿Para quién es esa comida?

La mesera le dijo:

—Come, come, esto es tuyo.

El niño, asombrado, empezó a comer, y era tan deliciosa la comida, que se llenó los cachetes de omelet. Cuando terminó, no le cabía el jugo en su pequeño estómago, entonces fue a dejar el plato a la cocina, y ahí estaba la mesera, y el niño se le quedó mirando, y la mesera le preguntó:



—¿Por qué me estás mirando así?

—No sabía que tenías orejas puntiagudas— le respondió el niño.

La mesera, despreocupada, le contestó:

—Yo soy un elfo de la eternidad. He vivido trescientos.

—Hummm— dijo el niño.

Hablaron y no se dieron cuenta de que eran las doce de la noche, al niño le dieron ganas de dormir y se durmió. La mesera lo llevó a su cama y cuando despertó le dijo que se cambiara, que iba a comer.

Pasaron años, y el niño se casó con la elfa y vivieron felices para siempre.



La ardilla y su amiga coneja

Shaíra Michel Bonilla Lozano

Había una vez una ardilla y su amiga coneja. Un día llegó la ardilla a la casa de la amiga coneja, y se fueron a comer helados en la bicicleta de coneja. La ardilla le preguntó que de qué quería el helado, y ella le dijo que de chocolate, entonces la ardilla le dijo a la coneja que quería de fresa, y los pidió, y comieron y comieron hasta que se llenaron.

Al otro día la ardilla estaba cumpliendo años, y la coneja le dio una gran sorpresa y la ardilla no sabía que era. Luego la coneja le tapó los ojos a la ardilla y cuando los abrió, no lo podía creer. Después llegaron a la selva,



porque ellas estaban en su casa, y en la noche se bañaron en un lago y se comieron una carne cruda. Después se fueron a casa y durmieron y durmieron hasta que se levantaron cansados y después se encontraron con un loro en la selva y se hicieron amigos, y la coneja y la ardilla comieron picada y disfrutaron mucho, porque al otro día les tocaba trabajar. Al otro día se levantaron temprano temprano para poder viajar, y llegó el día que la mamá de la ardilla viajó con su hija y el esposo, ellos fueron para la selva para donde habían viajado la ardilla y su amiga coneja.



La tortuga y el erizo saltarán

Sheylin Zoohara Bejarano Riasco

Había una vez una tortuga que tenía su caparazón sucio, vio a un erizo con su familia en el lago y quiso ir a ver, pero no quería moverse con el caparazón sucio y se fue lento. Al otro día llegó al lago, pero ya el erizo se había ido con sus dos hijos. Ella se lavó el caparazón y fue donde el erizo saltarán, porque el erizo saltaba y saltaba y nunca se cansaba. La tortuga deseaba caminar como un erizo y pidieron un deseo de intercambiar de cuerpos, pero había un problema: la tortuga no quería cuidar erizos, ni tampoco tener



esposa, ni trabajar, mientras que el erizo saltarín no quería vivir solitario.

Pero, aún así, se encontraron en el lago.

–Yo no quiero vivir solitario –dijo el erizo saltarín.

–Yo no quiero cuidar erizos –dijo la tortuga.

Llegaron los erizos saltarines y dijeron:

–Papi, va a llegar mami.

Y el erizo saltarín dijo:

–Mañana nos vemos aquí mismo.

Y se fueron brincando. Muy pensativo, le dijo a sus dos hijos:

–Hijos míos, los amo mucho, pero tengo que cambiar de cuerpo con la tortuga lenta.

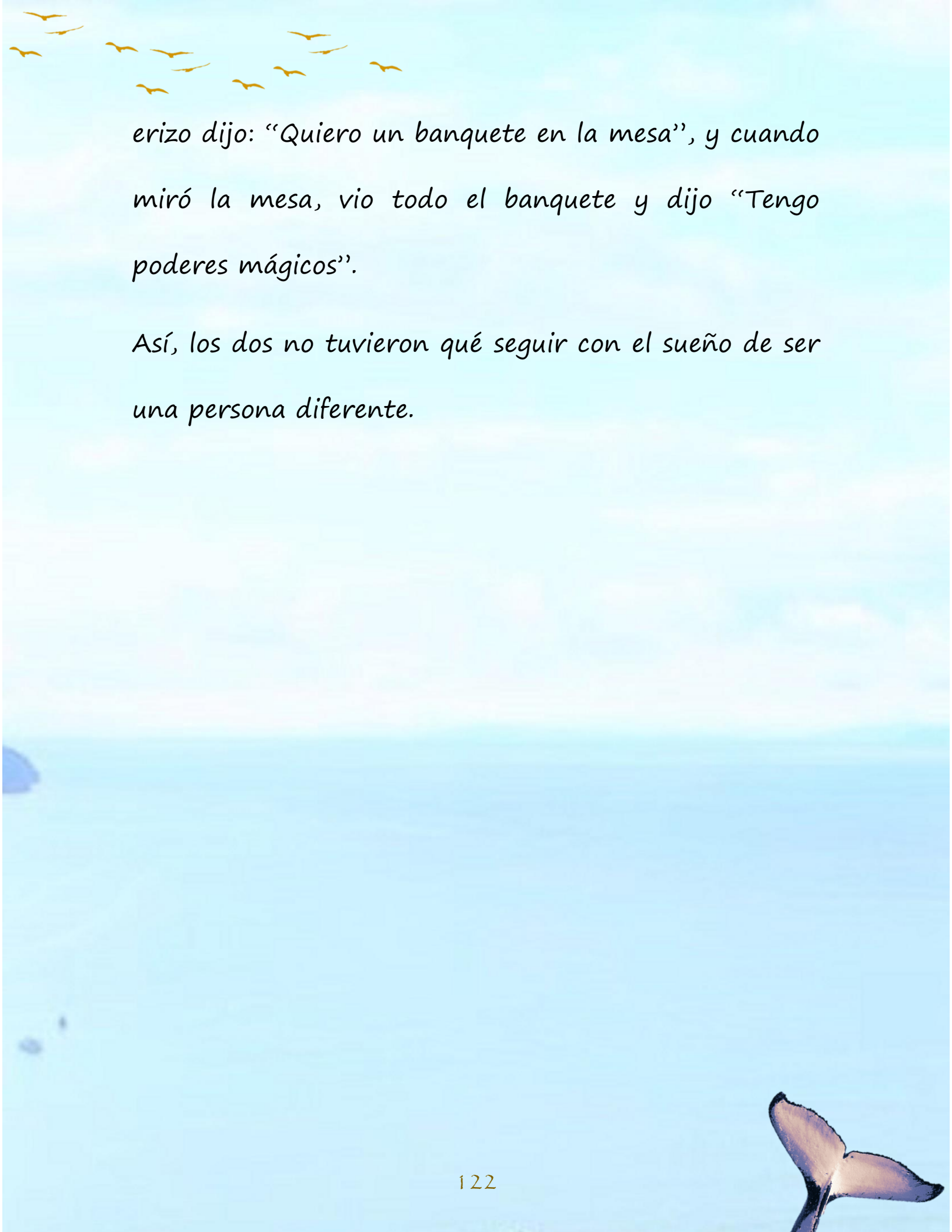


–Papi –dijeron los erizos–, no queremos que te vayas de la casa.

–Pero no me voy. Voy a estar aquí. Yo me voy al cuerpo y ella al mío.

Pero al siguiente día no se encontraron. Se dijeron, “no voy a cambiar de cuerpo. No se puede”. Entonces se llamaron por teléfono, acordaron no cambiar de cuerpo y terminaron los dos felices para siempre: la tortuga solitaria en el lago y el erizo con su familia, sus dos hijos y su esposa. Pero el sueño de intercambiar de cuerpo no se acabó; hasta en los sueños, el erizo saltarín se veía caminando lento, y la tortuga brincando y llegando en un momento a todas partes.

Al día siguiente, despertaron con poderes. La tortuga dijo “Quiero caminar y brincar cuando yo quiera”. Y el



erizo dijo: “Quiero un banquete en la mesa”, y cuando miró la mesa, vio todo el banquete y dijo “Tengo poderes mágicos”.

Así, los dos no tuvieron qué seguir con el sueño de ser una persona diferente.



Las tres hermanas y la mariposa

Melody Merlia Campo Taicus

Érase una vez tres hermanas, muy unidas y adoraban las mariposas. Un día salieron a caminar por el bosque que estaba cerca de su vivienda, se encontraron a una hermosa mariposa con una herida en un ala y se le dificultaba volar, y se la llevaron enseguida la hermana mayor, llamada Melody, que la tomó y la llevó a casa junto a sus dos hermanas, Thalía y Anyeli.

Las niñas llegaron a casa muy felices y le construyeron una casa en madera. Debido a los cuidados, la mariposa se recuperó rápidamente y se sentía feliz en su nuevo hogar. Las niñas recolectaban flores para que la



hermosa mariposa Julián consuma polen mientras que las plantas que sembraron produzcan.

Cierto día, la mariposa Julián descansaba en su refugio, y desde la ventana miró tres mariposas que volaban felices y libremente cerca del bosque, y al verlas, sintió ganas de aventurarse nuevamente sobre los campos. Julián pensaba abandonar su nuevo hogar.

Llegaron las tres niñas y la notaron pensativa, como si anhelara algo; de inmediato le preguntaron:

—¿Qué te pasa, amiga?

Julián dijo:

—Deseo encontrar a mi familia. Los extraño mucho.

Las niñas sintieron nostalgia al escucharla, porque la felicidad de Julián no era completa. Al día siguiente,



las niñas estaban jugando en el patio de su casa y se dieron cuenta de que tres mariposas visitaban sus plantas florecidas. Ellas se acercaron y se presentaron amablemente, porque querían tener más amigas. Compartieron toda la tarde y fueron invitadas a jugar la tarde siguiente. Al día siguiente llevaron a Julián para que se integre con las tres mariposas. La hermosa Julián se mostró muy feliz al ver a las mariposas, porque nuevamente se reencontraría con sus tres hermanas, y se abrazaron fuertemente. Al final había encontrado a su familia.

Julián se despidió de sus amigas para ir de regreso con sus padres y hermanas. Ella quería mucho a las niñas, porque la apoyaron cuando ella más lo necesitaba.



*Desde entonces, todas las mañanas y las tardes Julián
va a visitar a las niñas junto a sus tres hermanas.*



La familia

Isabel Sofía Pérez Vanegas

Había una vez una familia que vivía en una montaña, de esas montañas ásperas, donde ni los pajaritos cantan, ni las aguas corren.

La familia se componía de la mamá, el papá y los cuatro hijos, que se llamaban Juanita, Juancito, Pedro y Diego. La mamá les dijo que sembraran una mata de albahaca, y cada mata representaba su vida. Las matas, igual que ellos, crecieron coposas y muy bonitas. Juancito era muy perezoso y le gustaba vivir encima del fogón, como la iguana, calentándose ahí. A los otros les gustaba jugar a la espada con dos palitos. Cuando



ya Juanita estaba grande, se fue a peinar a la orilla del río y dijo esta frase:

—Cuando yo sea grande, me caso con un príncipe que tenga todos los dientes de oro.

Una viejita que pasaba por ahí, escuchó y contó lo que Juanita dijo: que allá en las ásperas montañas vive una niña muy, pero muy bonita, pero dice que no se casa hasta que vaya a pedir su mano un príncipe con los dientes todos de oro. Y por ahí escondido estaba un demonio que se fue a una palma de chontaduros y se comió todos los chontaduros crudos, hasta que los dientes se le quedaron amarillos. Ya pasado un tiempo, Juanita tenía quince años y ya podía tener novio. Muchos tocaron la puerta, muchos pretendientes tenía Juanita, pero ninguno con los dientes de oro, hasta que



un día tocaron a la puerta, y desde adentro preguntaron:

—¿Quién es?

—Mi nombre es Felipe y vengo a pedir la mano de su hija.

Entonces le dijeron a Juanita:

—Abre la puerta.

Y Felipe sonrió diciendo:

—Buenos días.

No podía cerrar la boca, porque el chontaduro crudo picaba, pero cuando Juanita lo vio, y vio los dientes amarillos como el oro, dijo:

—Con este me caso yo.



Nadie imaginó, pero Felipe era un demonio come gente.

Un día Diego salió al patio y vio la matica de albahaca seca. Cuando avisó a sus padres y le dijeron que si quería la bendición a cien pesos, Diego fue a rescatar a su hermana, pero quedó en el estómago de Felipe.

Pedro corrió con la misma suerte de Diego: eligió sus cien pesos y salió en busca de su hermana, pero Felipe era demasiado astuto.

Juancito, al ver que su familia se estaba acabando, salió a la peña donde su hermana vivía, acompañado de sus tres perros y la gran bendición de sus padres. Al llegar, Juanita le dijo:

—Ay, hermanito, tu no. Vete, por favor.



Pero Juancito, muy seguro, se quedó y sus perros no permitieron que Felipe se acercara. Ya desesperado, en la mitad de la noche, se lanzó, con la mala suerte de que los perros lo destrozaron en el acto y por fin Juanita quedó libre.

En la habitación de Juanita había muchos cofres de oro, diamantes, esmeraldas, pero las más importantes eran las petacas, dentro de las que habían más de mil, y en la última, los espíritus de todas las personas que Felipe se había comido, que al ser liberadas le dieron mucha riqueza a Juanita y a Juancito, y ellos las compartieron con su familia.



Los valores

María Camila Caicedo

En una aldea muy lejana, en donde sus habitantes vivían en egoísmo, individualismo, donde la maldad se sentía en el aura de sus calles, había un joven aprendiz al que le gustaba mucho cocinar remedios y pócimas para las personas enfermas. Todos los días iba a la casa de su abuelo, que era un señor muy virtuoso al cual le gustaba mucho estar con su familia. Un día, al ver que su aldea estaba llena de odio y rencor, le dio una misión a su nieto y aprendiz: que hiciera una pócima de la felicidad.



El joven, muy confundido, aceptó, ya que veía que la aldea carecía de este sentimiento. El viejo sabio le dio la lista de los ingredientes, los cuales eran:

Lágrimas de honestidad.

Flores de felicidad.

Hojas de empatía.

Y un corazón noble y puro.

El joven estaba muy confundido, porque no sabía cómo iba a encontrar estos ingredientes. Empezó su búsqueda pensando cómo encontrar estos elementos, sin considerar en que en realidad no eran ingredientes sino personas. Empezó buscando las flores de felicidad y las hojas de empatía. Él pensaba que eran ingredientes,



entonces, muy confundido, empezó a preguntar dónde podían encontrar estas cosas.

Sin darse cuenta, halló su primer ingrediente al encontrarse con un niño y su perro, pero no se dio cuenta. Después encontró las hojas de empatía, que, por cierto, no eran hojas sino una persona empática, solo que el viejo, muy sabio, los puso en clave para que su nieto se diera cuenta; y, por último, encontró el corazón noble de una anciana que lo aconsejó. Al ver la situación, se dio cuenta de que no podría cambiarlo todo, pero sí podía intentar enseñar a los demás a ser felices. Compartiendo una rica sopa, unió a toda su aldea y les dio este consejo:



*Cuando se vive con dolor y tristeza, la vida se
desaprovecha; cuando se vive con felicidad y empatía,
la vida se convierte en alegría.*



La profecía de Marco Zorro y la última barrera

Santiago Arroyo Rentería

En una playa oculta por el tiempo, donde el océano susurraba secretos antiguos, vivía una familia que guardaba la última esperanza de su pueblo.

La familia Plolar era la única que habitaba en ese lugar desde hace un millón de años. Hace un año ocurrió una triste historia, que acabó con la vida de doscientas veintinueve Plolar; lograron sobrevivir cuatro, llamados Smit –el hermano mayor–, Domitila, Petrona y Demetria. Ellos, en esa misma noche, habrían planeado un ritual para su dios llamado Marco Zorro.



Prepararon el altar y en la noche lograron hablar con él, que les dijo la siguiente frase: todo tiene su principio y su fin, pero este no es el de ustedes.

Ellos lograron pedirle que les hiciera una barrera, en forma de esfera, que no fuera visto por el ojo humano, a quien le tenían mucho miedo, porque a través de ellos fue que vino la contaminación a sus hermosos ríos, su mar, su bosque, sus peces y todos los animales de la selva que bebían esa agua, un líquido pegajoso, espeso y negro, que los Plolar llamaron gaspon.

Hace un mes llegó ese líquido a la playa de los Plolar, donde en esa época del año se reunían todos los habitantes para participar por el mejor puntaje en el torneo de chingos y canalete más rápidos, hechos con chonta y guayacán.



Los salvavidas eran delfines y los árbitros eran los meros más grandes; cuando el torneo se desarrollaba de manera excepcional y quedaban los últimos diez participantes, los delfines conformaron una gran ola para que los participantes hicieran la mejor presentación.

En ese momento se acerca un águila mensajera de los guardianes del arrecife de los Plolar y le dice al señor Zacaracho, el más antiguo del lugar, que avisara por radio que se avecinaba una enorme cantidad de agua envenenada que traía la corriente. A pesar de todo el empeño que puso Zacaracho, el mensaje no alcanzó a llegar a toda la gente, en especial a los que estaban en la playa. Los únicos que lo recibieron fueron los hermanos Smit, Domitila, Petrona y Demetria, pero



no alcanzaron a llegar a la playa para dar el gran mensaje que salvaría a la familia de los Ploral.

Cuando los delfines vieron que las olas que formaron venían contaminadas con aguas envenenadas que traían color negro intenso, quisieron salvarlos a todos, pero no lo lograron.

Es por eso que los hermanos Smit, Domitila, Petrona y Demetria viven hasta hoy alejados del ojo humano, que es el mayor destructor de mi querido planeta, la tierra.



La luz en la oscuridad

Juan David Murillo Martínez

Había una vez, en un pequeño pueblo, vivía una joven llamada Lauren, que a veces parecía tener una vida normal, era muy buena estudiante, pasaba tiempo con sus amigas y disfrutaba cada momento que pasaba con ellas. Sin embargo, Lauren luchaba con problemas mentales que le hacían sentir como si viviera en una sombra, porque desde muy pequeña a Lauren le daban episodios de ansiedad, que a menudo se convertían en ataques de pánico. En todo momento su alrededor se volvía abrumador, los ruidos eran demasiado fuertes, las luces demasiado brillantes y la sensación la



descontrolaba y la paralizaba. A pesar de que sus amigos intentaran ayudarla, no podían.

Un día, mientras caminaba por el bosque para despejar su mente, Lauren se sentó debajo de un árbol muy grande, y sintió un gran alivio, porque podía dejar salir sus emociones tristes con las lágrimas en los ojos. Comenzó a escribir en un diario sobre sus miedos y luchas que había enfrentado. Escribir le daba un poco de alivio y le permitía ver sus propios pensamientos. Con el tiempo, Lauren decidió que necesitaba mucha ayuda profesional. A los días, fue a ver a una psicóloga que le enseñó técnicas para manejar su ansiedad y le habló sobre la importancia de cuidar su salud mental. A través de sesiones regulares, Lauren aprendió a identificar los desencadenamientos de su ansiedad y a



desarrollar herramientas para enfrentarlo. A medida que pasaba el tiempo de la sanación, también empezó a compartir sus historias con sus amigos cercanos y se dio cuenta de que no estaba sola, porque también lidiaban con problemas similares, pero nunca habían tocado ese tema juntos. Formaron un grupo de apoyo, donde se contaban sus problemas y podían ser honestos sin miedo a juicio.

Con el paso del tiempo, Lauren comenzó a ver un destello de luz en medio de su oscuridad. Aprendió que estaba bien no estar bien y que buscar ayuda es un signo de fuerza. Su viaje no fue fácil. Había días en los que ella se sentía que no podía, pero siempre encontraba la manera de levantarse nuevamente. Un año después, Lauren decidió hacer una actividad en el



pueblo para expresarse sobre la salud mental; invitó a la psicóloga para hablar sobre la importancia del bienestar emocional y creó un espacio donde las personas pudieran compartir sus sentimientos sin miedo.

Lauren se convirtió en una luz para personas del pueblo. Aprendió que los problemas mentales pueden parecer insuperables, pero que hay esperanza y ayuda disponible. Su viaje le enseñó que cada paso hacia adelante cuenta y que la comunidad puede ser una fuente poderosa de apoyo. Lauren transformó su dolor en fuerza, convirtiéndose no solo en una defensora de la salud mental, sino también en un faro de esperanza para aquellos que aún navegan por las sombras.



El niño y la tortuga

Any Yulieth Mosquera

Érase una vez, un niño llamado Derek. Él era un niño muy bueno, inteligente y buen hijo, pero vivía muy lejos, en un pueblo, y al niño un día la mamá le dijo

—¿Puedes irme a buscar unas frutas?

El niño fue, pero se quedó comiendo un rato. Le llevó las frutas y dijo la mamá:

—Gracias hijo.

—De nada, mamá. Tú sabes que cualquier cosa que me pidas que haga lo haré.



Derek se quedó un rato hablando con la mamá hasta que sintió que algo salió de repente. El niño escuchó un sonido, pero no se imaginó que era una tortuga, y al verla se quedó un poco asombrado. La tortuga le dijo:

—Mis padres me abandonaron. Nadie me quiere, ni mis papás.

Y Derek le dijo:

—Yo te voy a querer como si fueras mi hermano. No importa que seas un animal.

Dentro de un rato se llevó a la tortuga para su casa, la bañó, le dio de comer, la atendió bien, y a los días llegó un desconocido a tocar la puerta, diciéndole que le entregara la tortuga. Derek le dijo:

—Yo encontré a la tortuga.



Él estaba preocupado por el desconocido. Se veía muy malo. Llegó la tortuga y dijo:

—¿Qué está pasando aquí?

Le responde Derek:

—Es que te vinieron a buscar para llevarte a la selva.

Y la tortuga respondió:

—No me quiero ir con este señor malo.

Y empezaron a llegar más desconocidos. Se llevaron a la tortuga a la fuerza y gritaba:

—Ayúdame Derek. No me dejes.

Y los desconocidos lo amenazaron y le dijeron que nunca volvería a ver a la tortuga, y tristemente se cerró la puerta.



Él se puso a pensar en todo lo que había pasado, todo lo que había vivido con la tortuga, que era su compañía. Cogió todas sus herramientas para ir a salvar a la tortuga. Los persiguió hasta encontrar donde tenían a su amigo, y lo encontró y le dijo:

—Nunca más te dejaré ir.

Se fueron de ese lugar llegaron a su casa, y su mamá ya había llegado y dijo:

—¿Cómo están mis dos amores?

—Bien, mami.

Se volvieron una familia. El niño y la tortuga fueron juntos a muchos lugares y vivieron tan felices, que su madre decidió adoptar a la tortuga.



La gallina y sus tres pollitos

Paulina Calderón Beltrán

Había una vez una gallina que tenía tres pollitos. Y tenía un pollito más pequeño, que era el que más consentía, que se llamaba Simón. Pero había un problema: que los otros dos pollitos se sentían muy solos porque su mamá casi no les ponía cuidado, y se sentían solos porque la mamá no los consentía a ellos.

Llega un día una gallina, que los huevos que ponía se le mojaban y ella no encontraba un lugar donde calentar sus huevos. Un día la gallina estaba muy triste y los pollitos le dicen:



—¿Por qué estás sola?

La gallina les responde:

—Porque los huevos que pongo, los humanos los venden al mercado y a las tiendas, y por eso no puedo tener pollitos.

La gallina se ha encontrado con la mamá de los dos pollitos y le pregunta:

—¿Usted es la mamá de los dos pollitos?

—Sí, yo soy la mamá.

—¿Por qué los pollitos andan sin usted?

La mamá le responde:

—Porque yo quiero a mi hijo más pequeño, porque los otros no parece que los hubiera puesto yo.



Y les dijo la gallina a los pollitos:

—¿Quieren que yo sea su mamá?

